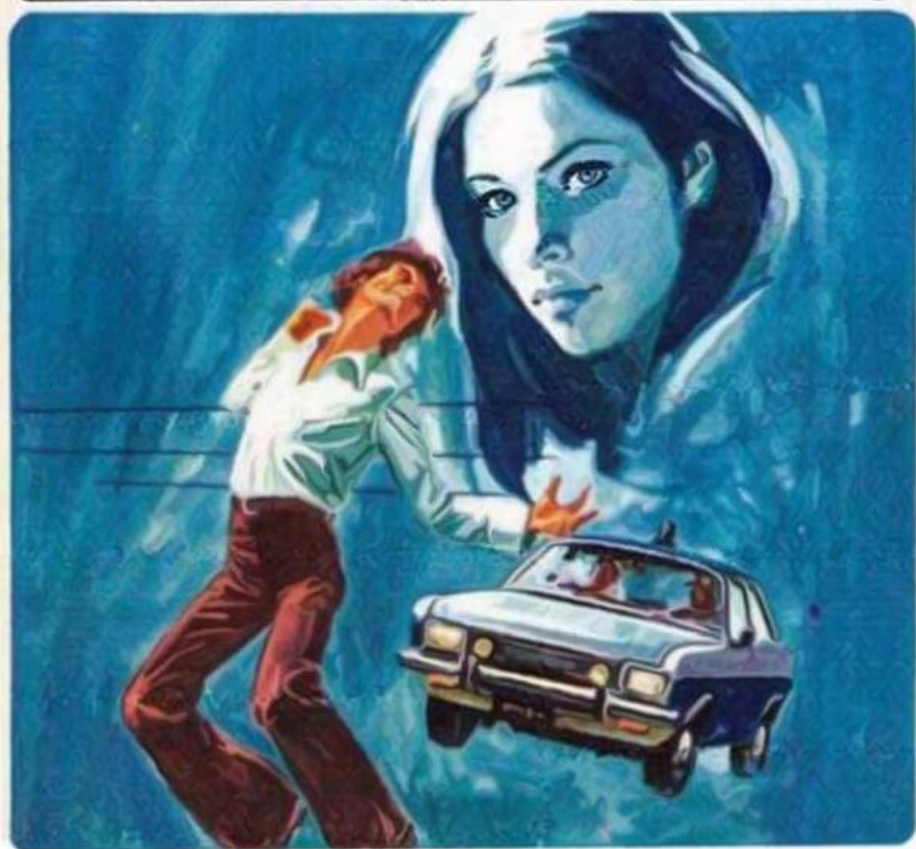


BOLSILIBROS BRUGUERA



Lou CARRIGAN

GANADOR Y COLOCADO





eb

LOU CARRIGAN

GANADOR Y COLOCADO

Colección LA HUELLA n.º 108
Publicación quincenal
Aparece los lunes



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

ISBN: 84-02-03656-2

Depósito legal: B 36693-1976

Impreso en España - Printed in Spain

1.^a edición en esta Colección: noviembre, 1976

© Texto: Lou Carrigan - 1976

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL
BRUGUERA, S. A. Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de EDITORIAL BRUGUERA S. A.
Mora la Nueva, 2 – Barcelona - 1974

CAPÍTULO PRIMERO

—Ya puede usted pasar, señorita Mason.

Sylvia Mason miró a la bonita muchacha morena que se había dirigido a ella. Era la secretaria del famoso detective privado Abel Drummond, y, cuando había llegado Sylvia a visitar a éste, la morena le había pedido que esperase.

—Gracias —sonrió cortésmente a la secretaria del detective privado.

La secretaria fue hacia la puerta que separaba ambos despachos, la abrió y se colocó a un lado. Sylvia Mason entró entonces en el despacho de Abel Drummond, y, en el acto, miró hacia la mesa que había al fondo del despacho.

El hombre que estaba sentado tras la gran mesa se puso en pie, y Sylvia oyó su voz. Una voz amable, de tono profundo, viril... Una voz que agradó sobremanera a Sylvia Mason. Y también le agradaron sus palabras:

—Lamento haberla hecho esperar, señorita Mason, pero estaba realmente ocupado.

Me gusta atender en el acto a mis clientes o a mis posibles clientes, pero créame que no ha sido posible. Por favor, siéntese.

—No tiene que pedir disculpas, señor Drummond —dijo Sylvia acercándose a la mesa y comenzando a sentarse en uno de los sillones que había delante de ésta.

Fue entonces cuando Sylvia Mason vio bien el rostro del famosísimo detective Abel Drummond.

Y se quedó a medio sentar, boquiabierta, absolutamente pasmada.

Porque según todos los datos recogidos acerca de Abel Drummond, éste era un hombre muy sereno, ponderado,

cauteloso... En fin, una persona que reunía sobre sí una serie de cualidades que no parece probable pueda reunir un hombre antes de alcanzar por lo menos los cincuenta años.

Y, sin embargo, el hombre que estaba sentado tras la mesa y que miraba amablemente, pero con cierta sonrisita irónica a Sylvia Mason, no debía tener ni siquiera treinta y cinco.

—Espero que no padezca usted artritis, señorita Mason —dijo Abel Drummond.

La bella y rubia Sylvia enrojeció bruscamente. Luego, no menos bruscamente, se sentó y movió la cabeza con gesto negativo.

—No, señor. No padezco enfermedad alguna..., que yo sepa.

—Magnífico. Las personas sanas siempre son fáciles de tratar. Por lo general, están de buen humor, son simpáticas, y todo lo que forma parte de la vida les parece, si no maravilloso por lo menos aceptable.

—Tenía entendido que era usted una persona de más edad.

—Pues no. Es decir no sé qué edad era la que me calculaba usted, así que no puedo contestar correctamente a sus suposiciones.

—Tenía la impresión de que encontraría aquí a un hombre de no menos de cincuenta años.

—¡Caramba, no! —Pareció asustarse Abel Drummond—. Solamente tengo treinta y tres años, señorita Mason. Y le aseguro que no tengo ninguna prisa por alcanzar el medio siglo. ¿Y usted?

—Tampoco —respondió Sylvia.

—Bueno. —Abel Drummond sonrió en verdad encantadoramente— empezamos a estar de acuerdo. ¿Fuma usted?

—No.

—¡Magnífico! Yo tampoco fumo. Es una de las imbecilidades de la vida de las cuales he conseguido liberarme. ¿Está usted en algún apuro, señorita Mason?

—¿Yo? —Se pasmó Sylvia.

—Bueno... Supongo que ha venido usted a verme para que le resuelva algún apuro o algún pequeño problema.

—¡Oh, sí! —exclamó la muchacha—. Bueno, en realidad el problema no es mío. Es de mi jefe. En estos momentos está en la cárcel, concretamente en el Departamento de Policía. —¡Ah! Sí, ya sé. Tengo buenos amigos en el Police Department. Casi todos los policías de la ciudad de Houston son buenos amigos míos... Siempre

procuro colaborar con las personas, no enfrentarme a ellas.

—Es una inteligente actitud —admitió Sylvia Mason.

—Eso creo. ¿Por qué está su jefe detenido en el Departamento de Policía?

—Dicen que ha asesinado a su esposa. Que la ha estrangulado.

Abel Drummond estuvo unos segundos contemplando atentamente a la rubia jovencita que acababa de recibir en su despacho. Sylvia Mason no podía tener más allá de veintitrés o veinticuatro años, y era realmente encantadora. Rubia, de grandes ojos azules, de boquita redonda y sonrosada; cuerpo sugestivo, escultural...

—¿Y no es cierto? —musitó Abel—. ¿No es cierto que su jefe haya asesinado a su esposa?

—Claro que no —exclamó Sylvia.

Abel Drummond alzó las cejas en un gesto de muy cortés sorpresa. Luego se puso en pie. Abel Drummond medía alrededor de metro ochenta, su complexión era delgada, pero atlética. Su cuello era delgado, de tal modo que destacaban los músculos y los tendones.

Y sobre todo, destacaba su aguda barbilla que parecía rubricar un rostro enérgico, de boca delgada y grande, y ojos oscuros de mirar pausado como si muy lentamente fuesen capaces de penetrar cualquier cosa.

—¿Cómo lo sabe usted? —siguió preguntando Drummond—. ¿Cómo puede una persona estar segura de que otra persona no ha hecho tal o cual cosa? Para estar tan segura como lo está usted, debo entender que en las circunstancias en que fue asesinada la esposa de su jefe, éste estaba con usted... o algo parecido. ¿Fue así?

—No. —Sylvia Mason volvió a enrojecer bruscamente—. ¡Claro que no! Mi jefe no estaba conmigo.

—Le aseguro que no he pretendido molestarla en modo alguno, señorita Mason. Sólo trato de hacerle entender a usted que no es probable que una persona que ha matado a otra admita haberlo hecho. A menos que la muerte se haya producido en un momento de obcecación, digamos durante una discusión que puede convertirse en violentísima y durante la cual ambas partes pierden... la cabeza, por decirlo así. ¿Fue de este modo que dicen que su jefe asesinó a la esposa de él?

—No..., no dicen que fue así.

—¿Cómo dicen que fue?

—Bueno... Dice la policía que mi jefe se preparó una coartada para poder simular que estaba lejos de su esposa, y que en cambio fue a donde estaba ella para estrangularla, para matarla.

—Es un mal asunto, desde luego —murmuró Abel—. Pero quizá pueda hacerse algo si la coartada de su jefe es lo bastante buena. ¿Qué clase de coartada ha presentado?

—Pues... Bueno, en realidad lo malo de todo esto es que mi jefe no puede presentar ninguna coartada porque fue víctima de un engaño.

—¿Qué clase de engaño? —Alzó las cejas Abel Drummond.

—Lo citaron en determinado lugar, y cuando él fue allí la persona que le había citado no estaba.

—¿Y mientras tanto fue estrangulada la esposa de su jefe?

—Sí, señor.

Abel Drummond volvió a sentarse ante su mesa, estuvo de nuevo unos segundos mirando atentamente a Sylvia, y por fin dijo:

—Lo siento, señorita Mason, pero no voy a aceptar este caso. La verdad es que no me gusta nada. Por lo general...

En ese momento sonó uno de los teléfonos que el atractivo Abel Drummond tenía sobre la mesa.

Tras murmurar una disculpa a Sylvia Mason, Abel descolgó el auricular.

—¿Diga?

—...

—Sí, dime, Adele. ¿Quién es?

—...

El rostro de Abel Drummond, habitualmente inexpresivo, casi duro, se transformó súbitamente en una expresión de alegría tal, de tal suavidad, que dejó boquiabierta a Sylvia Mason.

—¡Naturalmente que voy a atender esa llamada! Pónmela inmediatamente, Adele, por favor... ¿Jenny, querida?

—...

—Sí, sí, claro que soy yo. ¿Qué te ocurre, mi amor?

—...

—¡Oh! ¡Es terrible, querida! —continuaba sonriendo Abel Drummond—. De acuerdo. No te preocupes por nada. Yo lo

resolveré esta tarde en cuanto llegue a casa.

—...

—¿Un beso? —La mirada de Abel pareció saltar hacia Sylvia Mason, que comenzó a sonreír un tanto irónicamente—. Bueno, querida, en estos momentos...

—...

—Que sí que te quiero, que sí. Pero...

—...

—Está bien, está bien... Ahí va el beso.

Efectivamente, Abel Drummond emitió un sonoro beso ante el micrófono, mientras por supuesto, desviaba la mirada de los azules y burlones ojos de Sylvia Mason.

—...

—Sí..., gracias, Jenny, querida. También he recibido el tuyo, desde luego. Bueno, ya nos veremos a la tarde. Adiós... Adiós, cariño.

Abel Drummond colgó el auricular, se quedó mirándolo durante tres o cuatro segundos y por fin, volvió a mirar a Sylvia Mason, sonriendo ampliamente. Tenía una sonrisa verdaderamente especial. Su rostro parecía rejuvenecer y la delgada boca se estiraba tanto que parecía que fuese a llegar de oreja a oreja.

—¿Por dónde íbamos, señorita Mason?

—Me parece que usted estaba diciendo que por lo general... Y eso es todo lo que dijo.

—Sí, ya recuerdo. Bueno, quería decir que por lo general mi oficina no acepta casos en los que la culpabilidad de una persona esté ya prácticamente probada. Y no es por no trabajar, sino porque tengo por norma no aceptar encargos de personas que hayan cometido delitos o que estén preparando alguna jugada que no sea todo lo honrada que sería de desear.

—Pues yo tengo entendido que los detectives privados aceptan cualquier caso que puedan proporcionarles dinero, señor Drummond.

—Eso es una leyenda negra de los detectives privados..., que por lo general, somos los primeros en querer respetar y acatar la ley, puesto que nos conviene.

—¿Debo entender que no está usted dispuesto a ayudar al señor Warden a encontrar al verdadero asesino de su esposa?

—Mire, señorita Mason, usted es joven, muy bonita y a decir verdad me parece incluso bastante inteligente. Pero, créame, no está usted preparada para sostener conmigo una conversación de este tipo. Seguramente la dejaría bastante deprimida. Y a mí no me gustan las personas deprimidas. Prefiero que conserven el máximo de tiempo posible la esperanza en una vida alegre y en una convivencia razonable y amable con las personas que nos rodean.

—No entiendo bien qué quiere decirme con todo esto, señor Drummond.

—Quiero decir exactamente que posiblemente la policía ya tiene enjaulado al verdadero asesino de la señora Warden. Lamento que haya madrugado usted tanto para venir a verme, pero mi respuesta es decisiva. No acepto trabajar para el señor Warden.

Sylvia Mason se puso en pie. Parecía lógicamente molesta, incomodada.

—Está bien, señor Drummond. Supongo que tiene derecho a seleccionar su trabajo. De todos modos, si cambiase de opinión no deje de llamarme a la Sommers Nutry, Ltd. Me encontrará allí en los horarios normales de oficina... A menos que, como me parece muy lógico, el señor Warden me envíe a contratar otro detective aunque no sea tan prestigioso como usted.

—Estoy seguro de que el señor Warden encontrará... Perdona, ¿ha mencionado usted la Sommers Nutry, Ltd?

—Así es. Yo trabajo allí como secretaria del señor Warden.

—Un momento, un momento, señorita Mason... Ese señor Warden del que estamos hablando..., ¿es James Warden, el director gerente de la Sommers Nutry, Ltd, y marido de Dorothy Sommers?

—Sí. Exactamente.

—Pero ¿cuándo ocurrió el suceso?

—Esta noche pasada. Lo traen los periódicos, señor Drummond... ¿Acaso no los ha leído usted?

—Pues no. Ha venido usted tan temprano que no me ha dado tiempo a leer los periódicos. Supongo que Adele me los debe tener preparados ahí fuera.

—Ya sé que está usted muy ocupado —murmuró Sylvia Mason—. Así que no voy a entretenerle más.

—Espere, espere. Yo no soy hombre de decisiones únicas y rígidas. Soy tan sabio que puedo perfectamente cambiar de opinión.

—Me gustaría mucho, porque el señor Warden me encargó muy encarecidamente que le contratase a usted, pues le considera el mejor detective de la ciudad. Pero también me gustaría mucho saber por qué ha cambiado usted tan rápidamente de opinión, señor Drummond.

—¿Recuerda usted a Frank Sommers? —preguntó a su vez Abel.

—No. No sé de quién me está hablando.

—Pues Frank Sommers, señorita Mason, era el padre de Dorothy Sommers y por lo tanto, suegro de James Warden. Y en definitiva, hasta que falleció en un accidente de caza, era, junto con su hijo Roger Sommers, el único propietario de la Sommers Nutry, Ltd.

—Si está tratando de decirme algo, yo no lo entiendo, se lo aseguro.

—¿Usted no se ha enterado de lo que pasó con Frank Sommers?

—Llevo muy poco tiempo en Houston, señor Drummond. Hace apenas tres meses que trabajo en la Sommers Nutry, Ltd., como secretaria del señor Warden.

—Claro, es lógico que no sepa nada. Bien... ¿Ha venido usted en coche, señorita Mason?

—No tengo coche.

—Sorprendente —se pasmó en verdad Abel Drummond—. ¿Me permitirá que la lleve en el mío? Así podrá presumir ante su jefe, el señor James Warden, de haber conseguido contratar al superfamoso Abel Drummond.

—No es usted muy modesto, francamente.

Abel Drummond se limitó a sonreír, encogiendo los hombros. Se puso en pie, señaló hacia la puerta del despacho y ambos se dirigieron hacia allí.

Drummond tomó del brazo amablemente a Sylvia Mason y se dirigieron hacia la salida de la Drummond Investigations.

CAPÍTULO II

John Peppard, teniente de Homicidios del Police Department de Houston, se llevó las manos a la cabeza cuando vio aparecer a Sylvia Mason acompañada de Abel Drummond.

—¡Oh, Dios mío, no! —exclamó—. ¡El *playboy*!

—¡Hola, Johnny! —saludó sonriente Abel Drummond—. ¿Cómo van las cosas esta mañana por el P. D.?

—Iban bien hasta ahora —aseguró John Peppard, y miró de pronto a Sylvia Mason—. No me diga que ha contratado usted a Abel Drummond para que trabaje para el señor Warden, señorita Mason.

—Pues sí —se desconcertó la muchacha—. Le he contratado, desde luego.

—¡Fantástico! —Pareció pasmarse John Peppard—. Todo acusa de modo irrefutable al señor Warden de haber asesinado a su esposa y en cambio él se pone a contratar al mejor abogado y al mejor detective privado de la ciudad.

—Muchas gracias, Johnny —sonrió Abel Drummond—. ¿A qué abogado ha contratado Warden?

—Ni más ni menos que a Hurst.

—¿Ha contratado a Wayne Hurst? —Abel Drummond movió la cabeza—. Bueno, realmente no debemos sorprendernos demasiado. A fin de cuentas la acusación es de asesinato. Supongo que Wayne Hurst ya ha estado por aquí.

—Naturalmente. Estuvo esta misma noche, habló con Warden y luego se fue... Por supuesto, algo debe estar tramando.

—Claro —asintió Abel—. Johnny, ¿cómo es posible que el viejo zorro de Wayne Hurst no te haya quitado de las manos a James Warden? Me sorprende mucho que todavía lo conservéis en el

calabozo.

—Así son las cosas —sonrió duramente el teniente Peppard.

—Debo entender que estáis tan seguros de lo que hacéis que ni siquiera Hurst ha podido sacar del calabozo a Warden.

—Así es. Fue visto por tres testigos en el lugar y en el momento en que asesinaron a su esposa. Esto ocurrió en la villa de los señores Ordway donde éstos daban una fiesta con unos cuantos de sus amigos. Dos de esos amigos eran precisamente el matrimonio Warden, pero de éstos sólo acudió la esposa, diciendo que su marido, James Warden, acudiría si le era posible más tarde, pues de momento había tenido que atender un asunto imprevisto.

—Tienes todos los triunfos, ¿verdad? —refunfuñó Abel—. Está bien, sigue. ¿Qué más?

—Bueno, lo cierto es que cuando se suponía que James Warden debía estar muy lejos de la villa de los Ordway, tres personas lo vieron en el jardín... y un instante antes habían visto salir al jardín a Dorothy Warden. Naturalmente, de momento creyeron que, simplemente, James Warden había regresado, y su esposa, al verlo, había acudido a recibirlo.

Pero, fue pasando el tiempo y finalmente alguien recordó a los Warden. Pensaron que pudieron haberse marchado. Fueron a ver si estaba allí el coche de ellos, y, efectivamente, estaba el coche que utilizaba la señora Warden para sus desplazamientos personales. El del señor Warden, ciertamente, no estaba allí. Pero si estaba el coche de ella, podía significar que Dorothy Warden se había marchado con su esposo en el coche de éste..., siempre sin despedirse, claro está. Entonces, alguien sugirió que, muy posiblemente, James Warden, después de cumplir su compromiso, hubiese acudido a la villa de los Ordway en un taxi, para luego regresar a casa con su esposa en el coche de ella. Y entonces, los invitados llegaron a la conclusión de que debían estar en el jardín. Claro, la cosa tenía su... picardía, por decirlo así.

—O sea que pensaron que... Bueno, o sea que los dos estaban en el jardín...

—Lo que pensaron nos lo imaginamos los tres —refunfuñó Peppard mirando de reojo a Sylvia Mason, que había desviado la mirada... De todos modos a medida que pasaba el tiempo los señores Ordway y sus invitados se iban sorprendiendo más y más de

que los Warden no regresasen del jardín. Así que, imaginaron que finalmente se habían marchado con el coche de ella.

—Pero no había sido así.

—No —movió la cabeza John Peppard—. Al menos, el coche de la señora Warden continuaba en el mismo sitio. En cuanto a ella, la encontraron entre unos arbustos de flores, estrangulada.

—Por su propio esposo —murmuró Abel Drummond.

—¿Quién si no? La señora Warden fue vista en el jardín, y tres de los invitados habían visto por allí un instante a James Warden. Es cierto que parece como si éste no quisiera ser visto a fin de posiblemente encontrarse a solas en secreto con su esposa en el jardín. Pero esto no pasan de ser meras suposiciones. Lo cierto es que James Warden fue visto allí. Su esposa apareció allí, estrangulada... Y lo ciertísimo es que la coartada de James Warden es absolutamente inadmisibile.

—¿Por qué?

—Juzga tú mismo. Naturalmente, los señores Ordway nos avisaron a nosotros, que acudimos inmediatamente a su villa a hacernos cargo del caso. En cuanto mencionaron a James Warden, como comprenderás, partimos inmediatamente hacia su casa, pero el señor James Warden no estaba en ella. Cuando finalmente llegó, en su propio coche, se sorprendió muchísimo al vernos; y cuando le dijimos que su esposa había sido asesinada, pareció a punto de desmayarse. A decir verdad, si no hubiera sido porque lo habían visto en el jardín de la villa de los Ordway, yo mismo habría creído todo lo que me contó James Warden, incluso la coartada. Pero, Abel, después de que tres testigos te dicen que han visto a una persona en un sitio, y esa persona, como coartada, sólo sabe decir que fue citado por un hombre en un lugar lejano a su casa, y que dicho hombre, un comunicante telefónico anónimo, no se presentó, comprenderás que...

—Sí, entiendo —murmuró Abel Drummond—. La cosa, francamente, se presenta muy mal para el señor Warden. Ese pobre idiota ni siquiera merece que yo trabaje para él.

—¿Por qué le llama idiota? —Respingó Sylvia Mason.

—Pues, señorita Mason, llamo idiota a su jefe, porque sólo un idiota presentaría una coartada como ésa. ¿Usted cree que su jefe es idiota?

—No... A mí no me lo ha parecido nunca, desde luego —replicó casi airadamente Sylvia Mason.

—¿Y a ti, Johnny? —Lo miró maliciosamente Abel—... ¿Te ha parecido durante tus conversaciones con Warden que éste es un idiota?

—¡Claro que no! —farfulló el teniente de Homicidios.

—Pues si no es idiota..., ¿no crees que pudo encontrar una coartada mejor que la que ha presentado, y una oportunidad o mil oportunidades mejores para estrangular a su mujer que las que actualmente nos ocupan?

—Escucha, Abel, tenemos tres testigos que vieron al señor Warden en el jardín de los Ordway a la hora en que su esposa salió, y que el forense ya nos ha informado que fue aproximadamente la hora en que murió. Tenemos una coartada de lo más absurda, puesto que nadie, absolutamente nadie, acudió a esa cita que menciona James Warden. Es decir que éste no puede de ninguna manera probar con testigos ni de ningún otro modo que a la hora en que fue estrangulada su esposa se hallaba a diez millas de distancia. Por lo tanto..., ¿qué crees que debo de hacer yo como teniente de Homicidios?

—Meterlo entre rejas —aceptó deportivamente Abel Drummond—. ¿Me permitirás que hable unos minutos con el señor Warden, Johnny?

—No tengo por qué hacerlo —gruñó el policía—. Ya ha estado aquí su abogado y ha hablado con él todo lo necesario. Tú no eres más que un detective privado, a fin de cuentas.

—De acuerdo, de acuerdo. Pero llévame a ver a James Warden.

—¿Puedo entrar yo también? —preguntó Sylvia Mason.

John Peppard abrió la boca, y todo el inicio de su gesto se vio claramente que iba a ser negativo. Pero antes de que llegase ni siquiera a respirar, Abel Drummond dijo amablemente:

—¡Naturalmente que va a venir usted conmigo, señorita Mason! Además, espero que tomará usted nota de la conversación entre el señor Warden y yo para pasarla luego a máquina y enviarle una copia al teniente Peppard... ¿Te parece bien, Johnny?

—Bueno —gruñó éste.

Poco después, en uno de los cuartos del Police Department, cuando ya Sylvia Mason tenía preparado un bloc y un bolígrafo

para tomar en taquigrafía la conversación entre su jefe James Warden, y Abel Drummond, apareció el primero.

La muchacha los presentó a ambos, y James Warden, después de sentarse con gesto abatido, se quedó mirando fijamente a Abel y musitó:

—Supongo que ya tiene usted una versión de todo lo sucedido, señor Drummond.

—Así es. Pero me gustaría escuchar la suya, señor Warden.

—Nadie cree en mi versión.

—Bueno. Es muy posible que yo tampoco la crea..., pero me gustaría escucharla.

—Está bien —suspiró James Warden que era la imagen del cansancio y la desmoralización, y que aparecía pálido y sin afeitar—. Todo es muy simple y real, pero allá usted con sus conclusiones, señor Drummond. Veremos... Hace unos cinco meses, mi suegro, Frank Sommers, tuvo un accidente de caza que le costó la vida. Supongo que usted ni siquiera oyó hablar de tal accidente ni de mi suegro, pero...

—Supone usted mal, señor Warden —dijo muy reposadamente Abel Drummond—. No sólo sé quién era Frank Sommers, sino que recuerdo perfectamente lo que ocurrió y todo lo que se escribió al respecto.

—Pues debe tener usted mejor memoria que yo, porque la verdad es que a mí se me van borrando los pocos detalles que llegué a conocer. Pero, en fin —prosiguió James Warden—, como le decía, mi suegro Frank Sommers murió hace unos meses en un accidente de caza. Fue encontrado muerto de una descarga de escopeta de caza cerca de Navasota, casi en la misma orilla del Navasota River, a unas setenta millas de aquí. Mi suegro había ido de cacería con unos amigos. Primero, incluso temieron que alguno de ellos, por error, naturalmente, hubiese podido ser el causante de aquella tragedia, pero posteriormente fue comprobado por la policía que ninguna de las escopetas de los amigos de mi suegro pudo haber sido la que causó la muerte de éste.

—Recuerdo eso perfectamente —asintió Abel—. Siga, por favor.

—Bien. La policía, por fin, tras unas investigaciones en el lugar del hecho, se encontró con que podía enfocar la cuestión de dos maneras. Una, que alguien había estado por allí merodeando para

asesinar a mi suegro, lo cual nos pareció factible, pero poco admisible, por el hecho de que no podía nadie imaginar que alguien quisiera asesinar al buenazo de Frank Sommers; por lo tanto se aceptó una segunda versión que pareció la más lógica y razonable, y era que algún cazador ajeno al grupo había estado por allí, y que, accidentalmente, había disparado contra Frank Sommers. Esta teoría fue generalmente aceptada, y la policía incluso emitió boletines por la radio y televisión pidiendo a la persona que hubiese sido la causante de este accidente que se presentase para informar de cómo habían ocurrido los hechos. Nadie se presentó, naturalmente. Y la policía dio por terminado el asunto considerando que la muerte de Frank Sommers había sido accidental.

—De acuerdo. Más o menos, así fueron las cosas, en efecto, señor Warden. Pero dígame...: ¿qué tiene que ver lo que ocurrió con su suegro Frank Sommers y con lo que ha ocurrido ahora?

—Ésa es la cuestión. Dorothy y yo estábamos en casa cuando un hombre llamó por teléfono y dijo que tenía ciertos detalles que podan resultar muy interesantes, sobre la muerte de mi suegro.

—¿Después de cinco meses? —se sorprendió Abel Drummond.

—Sí —lo miró a su vez desconcertado James Warden—. Después de cinco meses, en efecto. Pero tanto a Dorothy como a mí nos pareció que debíamos atender a esa persona que, aunque tarde, estaba dispuesta a aportar luz sobre el caso. No quiso decirnos su nombre, pero en cambio se mostró dispuesto a hablar con nosotros. Y tenía que ser anoche mismo. Anoche nosotros teníamos el compromiso de acudir a la pequeña fiesta de los Ordway, así que le dijimos al comunicante que podíamos adelantar el momento de la entrevista o bien aplazarlo para el día siguiente. Pero el hombre...

—¿Era un hombre? ¿Seguro, señor Warden?

—Sí, sí. Completamente seguro, desde luego. Como le decía, el hombre insistió en que tenía que ser anoche mismo, y que además le llevase, de momento, quinientos dólares, pues estaba muy necesitado, y que precisamente era por eso que se decidía a facilitarnos la información sobre lo sucedido a mi suegro cinco meses atrás. Le dijimos que llamase diez minutos más tarde, y durante ese tiempo Dorothy y yo estudiamos el modo de arreglar la situación. Finalmente, convinimos que ella acudiría a la villa de los Ordway y que diría que yo había tenido un asunto inesperado y

urgente, y que en cuanto lo terminase iría a casa de los Ordway, si todavía me parecía una hora adecuada.

—¿Dónde era, exactamente, la cita?

—En el cruce de Dayton. Eso está yendo hacia Liberty...

—Sí, así es.

—Y su comunicante no se presentó.

—No señor.

—Y usted estuvo allí tanto tiempo, apurando tanto su deseo de que realmente aquel hombre se presentase, que cuando decidió marcharse era ya tan tarde que comprendió que debía volver directamente a su casa..., donde le estaba esperando la policía para detenerle y decirle que el cadáver de su esposa había sido llevado a la Morgue.

—Así es —musitó, con voz ronca, James Warden.

Como era su costumbre, Abel Drummond dejó fijos sus negros y penetrantes ojos en el personaje que le ocupaba en aquel momento. James Warden debía tener alrededor de cuarenta años, y era un hombre de aspecto agradable e inteligente. Vestía bien, sus modales eran reposados, y pese a su aspecto actual demacrado y un tanto desaseado, se le veía Un hombre de carácter recto.

—Según parece —dijo de pronto Abel—, hay tres testigos que le vieron a usted en el jardín de la villa de los Ordway.

—No estuve en la casa de los Ordway anoche, señor Drummond.

—Está bien. Siga.

—¿Seguir? —James Warden miró a Abel casi hoscamente, frunciendo el ceño—. No puedo seguir, porque no tengo nada más que decir. Todo está dicho por mi parte.

—Bueno. —Abel movió la cabeza y miró con un gesto de disculpa a Sylvia—. Lo siento por usted, señorita Mason. Se ha molestado en vano tomando notas de algo que realmente no valía la pena, pues la mayor parte ya lo conocía.

—Podemos darle una copia a su amigo el teniente de todos modos —sugirió Sylvia.

—Bien pensado. De este modo lo tendremos contento, y, en lo posible, de nuestra parte.

—Parece que le aprecia, a pesar de que le llama *playboy*.

—¡Oh! Eso es pura envidia. Le gustaría serlo él, pero como no lo consigue, y sabe, en cambio, que yo ligo todo cuanto me propongo,

está furioso conmigo. Eso es todo. Bien, señor Warden, voy a reflexionar durante unas horas sobre este asunto, y puedo adelantarle que, en principio, me interesa.

—Estupendo —murmuró James Warden—. Y gracias, señor Drummond. Creo que sería conveniente que se pusiera usted en contacto con mi abogado. Es...

—Sé quién es su abogado, naturalmente. Espero que Wayne Hurst y yo nos entenderemos bien. Aunque, la verdad, por el momento no se me ocurre qué podemos hacer teniendo en cuenta que tenemos tres testigos, tres personas honradas, que aseguran haberle visto a usted en el jardín de los Ordway. No, no, no —se apresuró a alzar las manos Abel Drummond—, no vuelva a decir que usted no estuvo allí, señor Warden. Ya le he oído antes. Precisamente mi trabajo consistirá en demostrar si eso es cierto o falso.

Se quedaron mirándose fijamente, y de pronto, James Warden sonrió, sólo con un lado de la boca.

—No confía en mí, ¿verdad, Drummond?

—No. Pero no se ofenda, señor Warden, porque cuando estoy trabajando no confío ni siquiera en mí mismo. ¿Nos vamos, señorita Mason?

Abel se puso en pie, y Sylvia le imitó rápidamente, mientras James Warden permanecía como derrumbado en la silla. La muchacha se quedó mirándolo desconcertada, y murmuró:

—¿Qué hago ahora en el despacho, señor Warden?

Éste alzó la cabeza, y encogió los hombros.

—Póngase en contacto con el subdirector, el señor Rawlings. Mientras yo esté aquí, él procurará que usted permanezca ocupada, señorita Mason.

—Pero el señor Rawlings ya tiene secretaria —recordó Sylvia.

—Bueno, sea como sea, usted vaya a ver al señor Rawlings, y él se encargará de encontrarle algo que hacer durante mi ausencia.

—Sí... Está bien. Adiós, señor Warden... Hasta pronto, espero.

—No depende de mí —murmuró Warden—, sino del abogado señor Hurst y del detective señor Drummond.

Abel Drummond ni siquiera se molestó en replicar a este comentario, que contenía un cierto tono de desafío. Fue hacia la puerta, la abrió, y cedió el paso a Sylvia Mason, saliendo tras ella.

En el vestíbulo del Police Department vieron al teniente John Peppard, que naturalmente, estaba ojo avizor esperando la reaparición de su amigo Abel y de la señorita Mason. Al aparecer éstos, los señaló, y dijo algo al hombre que estaba hablando con él en aquel momento.

—Es el señor Rawlings, precisamente —dijo Sylvia mirando a Abel—... Mark Rawlings, el subdirector de la Sommers Nutry, Ltd. Seguramente se ha enterado hace poco de lo sucedido, y se ha apresurado a venir.

—Es natural —asintió Abel Drummond.

John Peppard presentó a Abel Drummond y Mark Rawlings. Éste era un hombre de unos cuarenta y cinco años, de buen aspecto, sonriente, deportivo... Lo que suele llamarse un bon vivant en francés. Y para entendernos, un alegre vividor, hablando claro.

Su sonrisa era simpática, y su expresión irradiaba una cordialidad e inteligencia muy del agrado del detective privado. Que, por cierto, no pudo dejar de pensar que muy posiblemente Mark Rawlings se había quedado en el puesto de subdirector de la Sommers Nutry, Ltd., debido a que James Warden, que ocupaba el cargo de director gerente según tenía entendido, era o había sido el yerno del propietario del creador de la firma, Frank Sommers, el hombre muerto en un accidente de caza.

En cuanto a Roger Sommers, hermano de la recientemente asesinada Dorothy Sommers, era un muchacho incapaz de ocupar puestos de auténtica responsabilidad, según quedó demostrado cinco meses atrás, al fallecimiento de su padre. Por fortuna, en aquella fecha James Warden estaba verdaderamente capacitado ya para sustituir a su suegro en el mando de la empresa. Si no hubiese sido por él, era más que posible que en los cinco meses transcurridos la Sommers Nutry, Ltd., se hubiese arruinado... Por él, o por Mark Rawlings, que también parecía un hombre de gran inteligencia, muy capacitado.

—Estaba diciéndole al teniente Peppard que Jim es absolutamente incapaz de hacer una cosa así —aseguró Mark Rawlings—. No entiendo ni siquiera qué es lo que realmente ha ocurrido. Aunque parece ser que usted va a intervenir en esto, señor Drummond.

—Todavía no estoy seguro. De momento, estoy estudiando los

preliminares del caso de acuerdo a las versiones de diferentes personas. Empezando, naturalmente, por la versión del propio señor Warden. Luego, quisiera hablar con los testigos, y con el abogado señor Hurst. Y espero que para esta noche podré tomar una decisión definitiva.

—Bueno —movió la cabeza Mark Rawlings—, no sé muy bien qué puede hacer usted o el señor Hurst, ni siquiera yo mismo. Pero sea lo que sea lo que a ustedes se les ocurra, cuenten conmigo incondicionalmente para demostrar que James Warden es incapaz de cometer semejante monstruosidad.

—Francamente, señor Rawlings —deslizó, no sin amabilidad, Abel Drummond—, no sería la primera vez que un marido asesina a la esposa.

—Lo sé muy bien. Pero es imposible que éste sea el caso de Dorothy y James, puesto que me consta perfectamente que ambos se amaban mucho. Puede usted preguntar a todos los que les conocíamos, señor Drummond.

—Seguramente, lo haré —asintió Abel—. ¿Puedo utilizar tu despacho un rato, Johnny? He pensado que para no perturbar la marcha de Adele, que atiende mis otros asuntos, la señorita Mason y yo podríamos instalarnos en tu despacho.

—¡Eres el tipo más caradura que he conocido en mi vida! —farfulló el teniente Peppard—. ¡Lo juro!

—Y el más *playboy* —sonrió Abel Drummond—. ¿Puedo?

—¡Claro que puedes!

—Estupendo. Bueno, señor Rawlings, encantado de conocerle, y ojalá que podamos conseguir algo en beneficio de la verdad de ese triste asunto.

—Estoy seguro de que por un lado u otro se demostrará que Jim es inocente.

—Ojalá tuviese yo la misma confianza que usted —sonrió de nuevo Abel—. ¿Vamos, señorita Mason?

Abel Drummond y Sylvia Mason fueron a ocupar el despacho del teniente John Peppard, con toda tranquilidad. La muchacha se preguntaba hasta dónde podía llegar la dureza de la cara del detective privado, pero, finalmente, tuvo que recordar que John Peppard y Abel Drummond eran, ante todo, amigos.

Por su parte, mientras los miraba alejarse, Peppard señaló la

espalda de Abel Drummond, y bajando la voz le dijo a Mark Rawlings:

—Ése es mi amigo Abel Drummond. Si alguien puede demostrar algo indemostrable, es él. Sólo que en este caso, señor Rawlings, dudo mucho que ni siquiera Abel pueda encontrar algo en favor del señor Warden.

—¿Me permitiría usted verlo? —pidió Rawlings.

—Lo siento, pero no. El señor Warden ya ha recibido las visitas autorizadas por la ley. Y en honor a la verdad, he permitido por pura y simple amistad la visita de Abel Drummond, que de ninguna manera está autorizada.

—Entonces ha faltado usted a la ley —lo miró amablemente Mark Rawlings.

—En efecto —asintió el policía, mirándolo fijamente—. Puede usted denunciarme si lo desea. Diga que he sido buen amigo, y que de ninguna manera he querido privar, a alguien capacitado para ello, de intentar probar que James Warden no estranguló a su esposa anoche.

—Volveré por aquí —murmuró Mark Rawlings—, y espero que las circunstancias hayan cambiado y que me permita usted ver a Jim.

—Eso no está en mi mano. Pero yo siempre permito todo lo que es permisible, señor Rawlings.

—Supongo que así es —dijo éste—. De todos modos, gracias, teniente.

—No faltaba más.

Mark Rawlings salió del Police Department, y John Peppard, teniente de Homicidios, quedó dentro del vestíbulo encendiendo un cigarrillo.

Cuando John Peppard entró en su despacho éste estaba vacío. Pero sobre la mesa vio en seguida la cuartilla de papel, destacando. Se acercó, la tomó con gesto hosco porque barruntaba lo que iba a encontrar escrito allí, y la leyó.

En efecto. El *playboy* había volado, pero dejándole la siguiente nota:

«En vista de que no te interesas lo suficiente por el caso Sommers, la señorita Mason y yo hemos decidido

marcharnos y almorzar sin tu presencia. Gracias por dejarnos utilizar tu despacho. Y esta tarde no te muevas de aquí, pues tenemos una pequeña sorpresa para darte».

«Abrazos. Este que te ama, “El *playboy*”».

CAPÍTULO III

La sorpresa fue mayúscula.

Fue realmente tan grande, que durante unos segundos John Peppard se quedó mirando estupefacto de uno a otro de los personajes que tenía frente a él.

Tales personajes eran: su gran amigo Abel Drummond, la señorita Sylvia Mason, el abogado Wayne Hurst, y los tres testigos que la noche anterior habían asegurado ver a James Warden en el jardín de los Ordway.

Los testigos que habían hecho tal declaración eran el matrimonio Jess y Mary Carlisle, y Peter Dewey, un solterón amigo del grupo de los Ordway.

Tres personas que acababan de decirle al teniente Peppard que no había sido así, que podían estar confundidos, que de ninguna manera se sentían capaces de sostener su declaración ante un jurado.

Tras el esfuerzo necesario para salir de su estupefacción, Peppard se volvió a mirar al detective privado.

—¿Qué significa esto, Abel?

—Ya lo ves —encogió los hombros Abel Drummond—. Te lo decía en mi nota, tenía una gran sorpresa para ti. Cuando estuve aquí trabajando con la señorita Mason... Por cierto, ¿has leído el informe que hicimos?

—Sí, sí, deja eso. Sigue con lo otro.

—Pues... Bueno, mientras la señorita Mason pasaba a máquina ese informe que hemos tenido la amabilidad de proporcionarte, yo hice algunas llamadas telefónicas. Una de ellas fue, naturalmente, al abogado señor Hurst, el cual me citó en su casa para esta tarde, al saber que yo iba a investigar en este asunto contratado por James

Warden. Por lo tanto, esta tarde fui a la casa del señor Hurst, y allá me encontré con estas tres personas. Después de un rato de conversación, simplemente admitieron que podían estar equivocados.

—¿Y eso no podían haberlo admitido anoche? —Frunció el ceño Peppard.

—Pregúntales a ellos. Voy a admitir que colaboré un tanto con el señor Hurst en este cambio de postura de los señores Carslile y del señor Dewey, aunque en realidad lo único que hicimos fue hacerles reflexionar en lo que le esperaba al señor Warden si ellos insistían en su declaración.

—¿Y por eso cambiaron de opinión?

—No es un cambio de opinión, teniente —refunfuñó Peter Dewey—. Se trata de que realmente no podemos estar completamente seguros de que fuese Jim quien estuvo en el jardín. Y a decir verdad, anoche yo tenía mis dudas, pues, como he dicho esta tarde al señor Hurst, me pareció que el hombre que vi en el jardín cojeaba ligeramente.

—¿Qué quiere decir, que cojeaba? —exclamó Peppard.

—Pues que andaba con una pata tonta, hombre —intervino Abel.

—¡Tú cállate! —Le dirigió una furibunda mirada, Peppard—. Y usted, señor Dewey, explíqueme eso. ¿Usted vio que el hombre del jardín cojeaba?

—La realidad, según nosotros tres —intervino Jess Carslile—, es que nos pareció ver el rostro de James Warden y nosotros dijimos, con toda buena fe, que era él, porque casi juraríamos que era su rostro. Pero fíjese bien, teniente, que digo «casi» juraríamos. Tenemos una pequeña duda en la que nos ha hecho reparar el señor Hurst y el señor Drummond. Dudas a las que Peter, con su declaración de que aquel hombre cojeaba un poco, ha contribuido de tal modo que no queremos cargar la responsabilidad de acusar a un inocente. Por otro lado, aunque James Warden hubiese estado en el jardín, ello no significa que fuese el asesino de su esposa. Jim es incapaz de eso.

John Peppard estuvo unos segundos mirando de uno a otro de los personajes que tenía ante él. Por fin, dijo con voz muy calmada y suave:

—En definitiva, debo entender que ustedes han venido a retractarse de la declaración que hicieron anoche.

—Nosotros hemos venido a decir —aclaró Peter Dewey— que no estamos completamente seguros que el hombre que vimos fuese James Warden. Y por lo tanto, no declararemos más que esto ante un jurado.

—Lo que quiere decir —dijo, muy amablemente, el abogado Hurst— que la situación ya no está tan clara, teniente. Y que bajo una adecuada fianza, mi cliente puede ser puesto en libertad provisional hasta el momento del juicio.

—Y naturalmente —bufó Peppard— usted ya ha tramitado esa fianza, ¿no es así, señor Hurst?

—En efecto —sonrió el abogado, sacando cuidadosamente un papel.

—De acuerdo. —John Peppard se puso en pie—. Tengan la bondad de esperar unos minutos. Voy al departamento de celdas a buscar al señor Warden.

—Peppard abandonó su despacho, dejando allí a las seis personas que le habían dado una de las grandes sorpresas de su vida. Regresó apenas tres minutos más tarde, acompañado de James Warden, que casi con lágrimas en los ojos aceptó las excusas de sus amigos los Carlsile y Peter Dewey, así como sus explicaciones, y estrechó calurosamente la mano a Wayne Hurs, John Peppard, y pareció a punto de abrazar a su secretaria la señorita Mason. Tras las efusiones propias de la lógica alegría de James Warden, éste señaló el teléfono que había sobre la mesa de Peppard, el cual asintió, refunfuñando:

—Ahora puede usted llamar a quien quiera y cuantas veces quiera, señor Warden.

—Gracias —murmuró al presunto asesino de su esposa—. Sólo quiero llamar a casa para preguntarle a mi cuñado si se ha ocupado del sepelio de Dorothy. ¿O todavía está en la Morgue, teniente?

—No —musitó Peppard—. La autopsia ya fue hecha y esta misma mañana Rogers Sommers se presentó a retirar el cadáver. Tengo entendido que lo llevó a una funeraria, pero no recuerdo a cuál.

James Warden asintió, descolgó el auricular, y marcó el número telefónico de la residencia de los Sommers, donde él, naturalmente

se había trasladado a vivir cuando se casó con Dorothy Sommers.

Mientras James Warden hablaba por teléfono, Peppard agarró de un brazo a Abel Drummond, y se lo llevó hacia el ventanal.

—¿Puedes explicarme, de amigo a amigo, qué significa todo esto, Abel?

—De amigo a amigo te digo lo mismo que antes. Llamé al señor Hurst, éste me dijo que fuese a su despacho esta tarde, fui..., y colorín colorado, ya sabes lo que ha pasado.

—¿A ti no te huele esto a chamusquina?

—¿Sabes lo que nos pasa a nosotros, Johnny? —reflexionó Abel seriamente—. Que estamos acostumbrados a tanta porquería que cuando aparece algo un poquito limpio nos sorprende. ¿Acaso no es posible que los Carslile y el señor Dewey se equivocaran anoche?

—¡Hombre, claro que es posible, pero...!

—No te compliques más la vida. Todo lo que tenemos que hacer tú y yo. —Abel bajó un poco el tono de voz— es investigar por nuestra cuenta. Porque desde chiquitines, Johnny, tú y yo sabemos que la gente tiene por costumbre mentir.

—¿Y por qué habrían de mentir, en este caso, Peter Dewey y los Carslile?

—Vamos, vamos Johnny... No tienes que hacerte la pregunta ahora. Tienes que buscar tú mismo la respuesta. Después de nuestras golferías de chavales, tú tomaste el camino de la policía, y yo el de detective privado porque no era capaz de soportar una disciplina; pero los dos tenemos el mismo olfato y el mismo instinto investigador. Y los dos sabemos muy bien que todo el mundo, si le conviene, miente de un modo repugnante. Bueno, que mienta quien quiera. Nosotros sabremos la verdad por nuestros propios medios.

—Mi cuñado no está en casa —se acercó a ellos James Warden—, pero uno de los criados me ha informado que está en la funeraria, y voy hacia allá. ¿Hay algún inconveniente, teniente?

—Ninguno en absoluto. Lo que no puede usted hacer de ninguna manera, señor Warden, es salir de la ciudad sin consultarme... Bueno, todo eso, ya sabe.

—Sí, sí. ¿Cuándo nos veremos, señor Drummond?

—Pues yo creo que seguimos viéndonos, señor Warden —sonrió el detective privado—. Espero que no tenga usted inconveniente en que le acompañe a la funeraria.

—Claro que no. Adiós, teniente..., y gracias por su comprensión.

* * *

Naturalmente, el rostro de Dorothy Warden, de soltera Dorothy Sommers, había sido arreglado y maquillado, pero aún así se veían en sus facciones pequeñas crispaciones de espanto que la habilidad de los maquilladores no había conseguido borrar completamente.

El cadáver estaba en su féretro, expuesto en una de las dependencias de la funeraria. A un lado del ataúd estaban Abel Drummond, James Warden y Sylvia Mason. Al otro lado, mirando fijamente a Warden, estaba Roger Sommers, el hermano de la víctima.

Abel Drummond le dirigía algunos vistazos, mientras simulaba contemplar el cadáver.

Para él, Roger Sommers era realmente un muchacho de muy buena presencia, muy agradable, elegante, atractivo..., pero no parecía tener precisamente la firmeza de carácter necesaria para dirigir una empresa de la importancia actual de la Sommers Nutry, Ltd. Sin embargo, por fuerza de las circunstancias, Roger Sommers se había convertido en el heredero directo y prácticamente absoluto de la empresa de alimentación creada muchos años atrás por su padre, Frank Sommers.

Junto a Roger Sommers estaba Mark Rawlings, el subdirector de la Sommers, que miraba con evidente afecto a James Warden. Al menos, con mucho más afecto que Roger Sommers, en cuya expresión hostil se podía adivinar la creencia de que, en efecto, James Warden había estrangulado a su hermana.

Fue Mark Rawlings quien, tras consultar su reloj, habló por fin:

—Es muy tarde ya. Creo que a todos nos convendría descansar. Mañana va a ser un día duro, especialmente para Roger y Jim.

Abel Drummond también miró su reloj, asintió con un gesto, y miró a Sylvia Mason.

—La llevaré a su casa, señorita Mason —ofreció.

—¡Oh, no es necesario...! ¡Tomaré el autobús, señor Drummond!

—De ninguna manera —se negó en redondo el detective privado.

La tomó del brazo, y salieron del departamento destinado a los Sommers. Una vez en el pequeño jardín de la funeraria, Abel

Drummond aspiró profundamente, y refunfuñó:

—Es un ambiente deprimente, ¿no le parece?

—Sí, lo es. Pero es lógico.

—Sin duda. ¿Aceptaría usted cenar conmigo, señorita Mason?

—¿Cenar con usted? —Casi respingó la rubia y bella Sylvia—. Supongo que está bromeando, señor Drummond.

—¡Claro que no! —se sorprendió Abel.

—Pues entonces, es que tiene usted muy mala memoria. ¿Qué diría Jenny si usted no cumpliese su promesa de cenar con ella, cuando menos? La promesa que no ha podido cumplir es la de acudir esta tarde pronto a su lado, pues son ya más de las siete. Pero al menos, cene usted con ella.

—¡Caramba! —Movi6 la cabeza Abel—. ¿Quiere usted creer que por un momento, la habí6 olvidado? Gracias por recordármelo, señorita Mason.

—Las secretarias nos fijamos en toda esta serie de detalles, señor Drummond.

—Sí, claro. Bueno de todos modos insisto en invitarla a cenar. La verdad es que no creo que Jenny tuviese nada que oponer a su presencia.

De nuevo se quedó Sylvia Mason mirando pasmada al detective.

—De verdad que es usted un tipo curioso, señor Drummond. Y empiezo a comprender por qué el teniente Peppard le llama *playboy*. ¿Acaso no tiene bastante con una mujer?

—Los hombres que tienen bastante con una sola mujer —sonrió Abel— es porque no pueden tener media docena, como los árabes, por ejemplo. Pero hablando en serio, mi invitación...

En aquel momento salían de la funeraria Roger Sommers, James Warden y Mark Rawlings, hablando acaloradamente, casi discutiendo. Al ver a Abel y Sylvia esperando, se vio el gesto de los tres conteniendo su temperamento. Fue Mark Rawlings quien, con sus palabras, orientó a Abel Drummond sobre el tema de la discusión de los tres hombres:

—No seas absurdo, Roger. Te consta perfectamente que Jim amaba, de verdad, a Dorothy. Yo creo que en estas circunstancias, Jim y tú debéis ser más que nunca como auténticos hermanos que...

No se oyó nada, no se vio nada, sólo que de pronto Roger Sommers lanzó un grito y saltó hacia un lado, rodando por el suelo.

Justo entonces fue cuando se oyó el crujido de una bala contra la fachada de la funeraria.

Y todavía estaban oyendo el rebote de esa bala cuando otra impactó, también con fuerte chasquido, contra la pared. Abel Drummond reaccionó empujando a Sylvia Mason para derribarla hacia un lado, de modo que los dos rodaron por el césped, hasta quedar detenidos, Abel encima de Sylvia, protegiéndola..., mientras que, con velocísimo movimiento, el detective privado sacaba su propio revólver.

James Warden y Mark Rawlings también se habían tirado al suelo, en dirección opuesta a Sylvia y a Abel, y todavía llegó en aquel momento una tercera bala, que fue a hundirse en la tierra, muy cerca de donde estaba James Warden y Mark Rawlings.

—No se mueva de aquí —dijo con voz tensa Abel.

Se puso en pie, y corrió hacia las verjas que rodeaban el terreno de la funeraria. Apenas había recorrido ocho o diez metros cuando notó, por encima de su cabeza, poco menos que tocándole los cabellos, el estampido de otra bala, que fue a hundirse en el césped, tras él. Abel Drummond se encogió, rodó por el suelo, quedó de nuevo en pie, y de un salto llegó finalmente a las verjas, cayendo a un lado de ellas, arrodillado.

Protegido por el soporte de piedra de las verjas, el detective se concedió cuatro o cinco segundos para recuperar el aliento, y entonces, cautelosamente, se asomó para mirar hacia la avenida.

Todavía pudo ver al hombre que acababa de descolgarse de un árbol y corría hacia el coche estacionado en el borde de la acera. Sin pensarlo dos veces, Abel Drummond alzó su mano armada, apuntó un instante, y disparó.

Supo en el acto que no había hecho blanco, porque oyó el rebote de la bala contra el coche tras el cual se había apresurado a protegerse el hombre que acababa de descender del árbol y que llevaba un rifle de precisión en la mano derecha. Abel Drummond disparó de nuevo, pero también esta vez la bala fue a rebotar en la plancha metálica del coche, que se puso en marcha apenas el tirador del rifle se hubo precipitado en su interior, en la parte de atrás. Quiso disparar de nuevo, pero el coche ya se hallaba demasiado lejos...

Abel Drummond regresó al jardín de la funeraria, guardando la

pistola. Se detuvo apenas hubo entrado, sacó su libretita de notas, y anotó en ella la matrícula del vehículo que había escapado con dos hombres en su interior.

Lo primero que hizo luego fue ir a ayudar a Sylvia Mason a ponerse en pie. La muchacha, que permanecía todavía tendida sobre la hierba, le miró asustada, pero Abel Drummond movió negativamente la cabeza.

—Eran dos hombres con un rifle, pero ya se han marchado. No hay nada que temer. ¿Quiere hacerme un favor, señorita Mason?

—Sí —casi tartamudeó ella, ya de pie ante él—. Claro que sí.

—Vaya ahí dentro y telefonee al departamento de policía. Dígale a Johnny..., bueno, ya sabe, al teniente Peppard, que venga aquí inmediatamente.

* * *

Realmente, las cosas estaban tan mal entre Roger Sommers y su cuñado James Warden, que el primero se negaba en redondo a admitir en su casa al segundo.

La discusión, muy acalorada, se había prolongado hasta el extremo de que habían dado tiempo al teniente Peppard de llegar en un coche de la policía, acompañado de alguno de sus hombres.

La postura de Roger Sommers parecía inamovible. Según él, aquello había sido obra de James Warden, el cual pretendía eliminar a todos los Sommers para quedarse con la Sommers Nutry, Ltd.

—¿Acaso todo quedaría realmente para él, señor Sommers? —preguntó Abel.

—Claro que sí —gritó furiosamente Roger—. No hay nadie más que pueda aspirar a heredar todo lo que, actualmente, es sólo mío.

Al oír estas palabras, todos se lo quedaron mirando fijamente y en silencio. Roger Sommers, por supuesto, se dio cuenta de ello, y quedó de pronto también silencioso, bajando la mirada.

La tensión era tanta que Mark Rawlings decidió hablar aunque sólo fuese para distraer los pensamientos de los allí reunidos:

—Verdaderamente, parece como si alguien tuviera interés en terminar con los Sommers, en efecto.

—¿Qué estás tratando de decir, Mark? —Lo miró vivamente James Warden.

—Nada en absoluto —respingó Rawlings—. Bueno, en realidad sí he tratado de decir algo, pero ni mucho menos me refería a ti, Jim. Lo que yo trataba de decir...

—¿Acaso conoce usted a alguien que tenga interés o necesidad de que los Sommers desaparezcan de escena, señor Rawlings? —preguntó Abel.

—¿Yo? ¡Claro que no! Ha sido sólo un comentario.

—Yo voy a hacer otro comentario —dijo Abel—. Y es el de que, en mi opinión, esas balas que nos han disparado quizá fuesen dirigidas contra el señor Sommers..., pero también podían haber estado dirigidas contra el señor Warden..., o contra mí mismo, e incluso contra el señor Rawlings. Y hasta quizá contra la señorita Sylvia Mason, por encargo de alguna persona que esté celosa de su belleza.

Todos se quedaron mirando a Abel Drummond, que hizo un gesto mitad sonriente y mitad de disculpa por la pequeña broma referente a Sylvia Mason. Pero sus palabras habían calado en todos.

—Yo no entiendo qué es lo que están tratando de hacer todos ustedes —dijo, de pronto, Roger Sommers casi violentamente—, pero lo cierto es que no quiero saber nada más de este asunto, y que desde luego Jim no va a poner jamás los pies en mi casa.

James Warden pareció a punto de decir algo, pero Abel Drummond le agarró de un brazo y le apretó, haciéndole comprender que prefería su silencio. Sin más discusiones, Roger Sommers se dirigió hacia su coche y abandonó el estacionamiento de la funeraria..., seguido por uno de los hombres de Peppard en el coche no oficial de la policía.

John Peppard no intentó disimular esta maniobra, sino que, mirando a James Warden, dijo:

—También voy a poner un par de hombres protegiéndole a usted, señor Warden. De modo que sería conveniente que me dijera dónde va a pasar la noche.

—No tengo ni la menor idea —murmuró Warden.

—Claro que sí la tienes —refunfuñó Mark Rawlings—. Naturalmente, vendrás a mi apartamento. ¡No faltaría más! Nos vamos a ir allá, ahora mismo. Ni siquiera necesitas pijama, pues cualquiera de los míos te servirá. Mi apartamento está en el 250 de Clinton Drive, teniente. ¿Podemos marcharnos?

—Por supuesto que sí, señor Rawlings.

Abel Drummond, John Peppard y Sylvia Mason, permanecieron en silencio viendo cómo James Warden y Mark Rawlings se marchaban, en el coche de éste. Entonces, John Peppard miró a su amigo Abel y dijo:

—Sí que es un extraño asunto, ¿verdad, Abel?

—¡Psé! Por cierto, John, tengo una matrícula para ti.

—¿La del coche de esos dos tipos? —exclamó Peppard.

—Hombre, claro. No vas a creer que me asustaron hasta el punto de que no me fijara en eso, ¿verdad?

Peppard sonrió, y se dedicó a anotar la matrícula que le facilitó Abel Drummond. La matrícula era la 6829 AX, de Texas. Todavía estaba Peppard anotando la numeración cuando Abel le dijo:

—¿Cuánto apuestas a que es uno de los coches robados en la ciudad de Houston, posiblemente durante el día de hoy?

Peppard se quedó mirándolo hoscamente, refunfuñó algo, se guardó la nota, y dio unos pasos alejándose. De pronto se volvió, todavía con gesto enfurruñado.

—Supongo que tú no quieres que te ponga protección, *playboy*.

—Intentaré arreglármelas solo. De todos modos, gracias.

Quedaron solos Abel y Sylvia. El primero la tomó del brazo, y comenzó a caminar hacia donde tenía estacionado el coche. La muchacha le miró, evidentemente, dispuesta a insistir en regresar a su domicilio por sus propios medios, pero Abel hizo un simple gesto que la convenció de que no valía la pena discutir.

Veinte minutos más tarde, Abel Drummond detenía el coche un poco más abajo del cruce de *Post Oak Road* con *Holcombe Boulevard*, a indicaciones de Sylvia Mason.

—Bueno —dijo el detective privado—, éste no es sitio para dejarla a usted, señorita Mason. Puedo acompañarla hasta delante mismo de su domicilio.

—No, no —replicó rápidamente la muchacha, sobresaltada—. Se lo agradezco, señor Drummond, pero no es necesario. ¡Adiós... y recuerdos a Jenny!

* * *

Sigilosamente, Abel Drummond entró en su casi suntuoso apartamento, y sin encender ninguna luz fue directo hacia su

despacho privado. Una vez instalado ante la mesa, encendió la lámpara que había sobre ésta, y descolgó el auricular. En pocos segundos estuvo en contacto con la persona que le interesaba.

—...

—¡Hola, Danny, soy Abel! ¿Puedes atenderme unos minutos, o te va a resultar comprometido?

—...

—¡Estupendo! Bueno, tienes que enterarte de las circunstancias que existan sobre un coche matriculado en Texas con la sigla 6829 AX. En ese coche iban dos asesinos profesionales, uno de ellos con rifle de precisión, que esta tarde han pretendido hacer un trabajo, pero lo han fallado.

—...

—Hombre, no te pido milagros, ya lo sabes.

—...

—¡Okey, Danny! De acuerdo y gracias. Espero tu llamada.

Colgó el auricular, estuvo un par de minutos inmóvil, pensativo, y por fin se puso en pie, apagó la luz, y abandonó el despacho. Segundos después entraba en uno de los dormitorios del magnífico apartamento, y, con todo cuidado, se acercaba al lecho.

Con no menos cuidado, se sentó en el borde de éste, y se quedó mirando a Jenny, que, al parecer, dormía profundamente. Se inclinó hacia ella, y la besó con exquisito cuidado en una sien. Inmediatamente, Jenny se revolvió en la cama, abrió los ojos, y lanzando una exclamación de alegría, rodeó con sus bracitos el cuello de Abel Drummond.

—¡Hola, papá! —exclamó Jenny—. No has venido pronto.

—Lo siento, querida —se disculpó Abel—. Y también siento haberte despertado. ¿Lo has pasado bien el día de hoy?

—¡Oh, sí! Pero yo creía que vendrías más pronto y que podríamos cenar juntos después de hacer mi tarea del colegio.

—Lo siento de verás, mi amor. Te aseguro que mi intención era llegar aquí a las cinco en punto de la tarde. Pero ha surgido un asunto muy importante que no podía desatender.

—¿Has capturado a muchos sinvergüenzas?

—Todavía no, pero pronto lo haré. ¿Has hecho enfadar mucho a Sally hoy?

—No —rió Jenny enseñando sus desiguales dientecitos—. Me he

portado bastante bien. Y como premio, Sally ha hecho uno de los pasteles que más me gustan. Te he dejado un trozo en el frigorífico.

—Eres una buena hija —dijo muy seriamente Abel Drummond; y de pronto guiñó un ojo—. ¿Sabes que hay una señorita que cree que la Jenny que me llama por teléfono es una vampiresa de mirada seductora y cuerpo escultural?

—¡Ya has vuelto a ligar! —exclamó la niña, sonriendo—. Tío Johnny tiene razón. ¡Eres un *playboy*!

—¿De modo que te pones de parte de ese polizone? —refunfuñó Abel, frunciendo el ceño ferozmente.

—¡Ji, ji...! Lo que le pasa a tío Johnny es que tiene envidia, porque tú eres más alto y más guapo que él.

—Eso es lo que yo le digo siempre —aprobó, con entusiasmo, Abel, la opinión de su hija—: cochina envidia, eso es lo que tiene ese buscapillos renacuajo y esquelético.

—¡Hombre, papá! —Abrió mucho los ojos la niña—. Tampoco hay para tanto. La verdad es que tío Johnny también es todo un tipazo.

—¡Vaya...! ¿De dónde has sacado tú eso de tipazo?

—De la tele. ¿Quieres que te cuente la película de hoy?

—No —respingó Abel Drummond—. ¡Santo cielo, no! Cualquier cosa menos eso, Jenny, querida. Por otra parte, estoy medio muerto de hambre. ¿Te importa que vaya a comer algo antes de proseguir la conversación?

—¡Claro que no, papá! Pero prométeme que luego vas a volver a contarme cosas.

—Prometido —alzó una mano el detective privado.

Besó a su hija en la frente, la estuvo mirando mientras ella se acomodaba de nuevo en el lecho, y fue a la cocina a comer algo.

CAPÍTULO IV

—¿Estaba durmiendo quizá, señorita Mason?

Sylvia Mason podía, quizá, haber estado durmiendo, pero en aquel momento, después de abrir la puerta de su apartamento y ver en el pasillo a Abel Drummond, sus ojos no podían estar más despiertos ni más abiertos.

—No, no —tartamudeó, tras unos segundos de asombro inaudito—... No estaba durmiendo, señor Drummond.

—Lo celebro. No me gustaría ser de esos tipos que van por ahí, molestando a la gente. ¿Puedo pasar?

—Pues... no. No, por favor.

—¿No? —Se pasmó grandemente el detective privado.

—Qui... quiero decir..., quiero decir que... que espere usted aquí fuera un momento, si no le molesta.

—Bueno... No me molesta, no, por supuesto.

—Gracias. Un momento, señor Drummond.

Y, efectivamente, para pasmo definitivo del detective privado, la señorita Mason le cerró la puerta en las narices. Abel se quedó tan estupefacto que parecía un gigantesco maniquí colocado delante de la puerta. Cuando reaccionó, soltó un gruñido, y tras adoptar una postura de espera más natural, rememoró el veloz espectáculo que le había deparado Sylvia Mason; iba cubierta solamente por una cortita y vaporosa camisita de dormir.

Por fortuna, la puerta del apartamento de la señorita Mason no tardó mucho en abrirse. Ella estaba ahora cubierta con una bata ciertamente más discreta, pero que en modo alguno le restaba belleza.

—Pase, por favor, señor Drummond.

—¿Seguro que no molesto? —Gruñó Abel.

—No, no... pase.

Abel entró en el apartamento de Sylvia Mason. Ella cerró la puerta y señaló hacia el fondo. En realidad, no había mucho camino que recorrer. Un corto pasillo llevaba al salón de estar, que era más bien reducido, y otro pasillo que giraba a la derecha conducía a la cocina, y, por supuesto, a los dormitorios.

—Síntese, por favor —señaló Sylvia uno de los sillones—. Me vestiré en seguida. No lo he hecho ya para no hacerle esperar tanto rato afuera.

—Es usted muy considerada —farfulló Abel.

—¿Se ha molestado? —Pareció condolerse Sylvia—. Lo siento de veras, pero ya debió ver usted que estaba casi desnuda. Y no me pareció correcto recibirle así.

—Lo comprendo —asintió Abel—. De todos modos, señorita Mason, solamente he venido para ofrecerme a llevarla al cementerio. Recuerdo muy bien que me dijo usted que no tiene coche.

—Así es. Y agradezco mucho su amabilidad.

—No tiene importancia. ¿Vive usted sola aquí?

—Sí..., sí, claro.

Abel Drummond no dijo nada más... Y Sylvia Mason enrojeció bruscamente cuando del fondo del pasillo se oyó el inconfundible sonido de una cisterna de inodoro, al ser vaciada. El sonrojo de Sylvia Mason era de una intensidad tal, que un tomate hubiese quedado pálido a su lado. Abel Drummond demostró su delicadeza desviando la mirada, como queriendo captar el ambiente del apartamento.

Encogió los hombros, queriendo convencerse a sí mismo de que lo que estaba comprendiendo no era verdad. Pero no podía convencerse a sí mismo, engañándose. Ella le dijo que no fumaba y allí, en un cenicero había colillas... Lo cierto era que aquel descubrimiento respecto a la convivencia de Sylvia Mason con otra persona, acababa de proporcionarle un considerable disgusto.

—¡Al demonio! —dijo en voz alta.

—¿Qué dice, señor Drummond? —Le llegó la voz de Sylvia Mason.

—Nada importante; solamente estaba hablando con unas colillas de cigarrillo.

Silencio de tumba. Un par de minutos más tarde, Sylvia Mason apareció, ya adecuadamente vestida, aunque con cierto visible apresuramiento y llevando un gracioso bolsito colgado del brazo.

La mirada de la muchacha fue rápidamente hacia el cenicero, y acto seguido hacia Abel Drummond, que se había puesto en pie.

—Sí... Es que ayer me visitó un amigo.

—Lo comprendo perfectamente. Si yo tuviese una amiguita tan bonita como usted, también la visitaría.

—¿Qué quiere decir? —Enrojeció, una vez más, Sylvia Mason.

—Que es usted encantadora —sonrió amistosamente Abel—. ¿Se lo había dicho ya?

—No... No.

—Bueno, pero ahora sí lo he dicho. Sólo espero no molestar con ello a nadie.

—Si acaso, a Jenny —deslizó la muchacha.

—¡Oh, Jenny es muy comprensiva, se lo aseguro! Y está perfectamente enterada de que soy un *playboy*. Lo cual, en el fondo, le hace muchísima gracia.

—¿De veras? —Alzó las cejas, Sylvia—. Pues su Jenny debe ser una persona muy especial, señor Drummond.

—Por supuesto que sí. Es lo más especial que pueda usted encontrar en mi vida, señorita Mason. Creo que no la cambiaría por nada del mundo.

—Eso quiere decir que es usted muy feliz con ella.

—Sin la menor duda.

—Pues le felicito, señor Drummond. Y creo que ya podemos marcharnos.

—Cuando usted guste. ¿No se olvida nada?

—No... Creo que no.

—Pues yo, cuando me voy de mi apartamento y no hay nadie más en él, apago la luz. Claro que cada uno tiene sus propias costumbres.

De nuevo enrojeció Sylvia Mason. Vaciló, miró hacia la luz del pasillo, y finalmente la apagó, deslizándose entonces rápidamente hacia la puerta, en pos del sonriente Abel Drummond. Salieron del apartamento, y la muchacha se dirigió hacia las escaleras..., hasta que se dio cuenta de que caminaba sola y que Abel Drummond continuaba delante de la puerta del apartamento.

—¿Qué ocurre? —preguntó Sylvia.

—Otra de las costumbres que tengo yo al marchar de casa es cerrar con llave la puerta..., por si acaso.

—¡Oh, es igual! No hay grandes cosas de valor ahí dentro, así que no temo que nadie venga a robarme.

—Muy bien —aceptó Abel Drummond, con deportivo gesto.

Poco después aparecían en la calle, y caminaban hacia donde el detective privado había estacionado su coche. Ya al volante de éste, con la muchacha sentada a su lado, Abel la miró como sobresaltado, de pronto.

—Bueno, quizá he cometido una tontería al venir a buscarla. No sé si usted tenía intenciones de acudir al entierro de la señora Warden.

—Sí, pensaba hacerlo. Y le agradezco que haya venido a buscarme. Aunque me parece que es un poco temprano, señor Drummond.

—Sí, pero ello nos permitirá pasar por la funeraria, y..., ¿cómo se lo diría yo de un modo elegante?... Digamos que esto me permitirá examinar a muchas personas que sienten interés por la fallecida Dorothy Sommers.

—¿Y qué ganará usted con ello? —se sorprendió Sylvia.

—No sabe usted lo verdaderamente curiosa que es la gente —pareció meditar para sí mismo Abel Drummond—. Hay asesinos que luego tienen una extraña complacencia en contemplar el cadáver de su víctima.

—¿Y espera usted saber quién es?

—Caramba, señorita Mason, soy detective privado, no un mago. De todos modos, hay algo que las personas difícilmente pueden ocultar, y es la expresión de sus ojos.

—¿Y viendo los ojos del asesino sabrá usted que el es el asesino?

Abel Drummond movió la cabeza con un gesto entre bonachón y resignado.

—No creo conseguir eso. Pero viendo los ojos de usted, señorita Mason, sí creo que estoy contemplando algo realmente maravilloso.

Sylvia Mason se envaró, y bajó la mirada como si sus zapatitos tuviesen un grandísimo motivo de interés. Y cuando reaccionó, fue para murmurar:

—¿Cómo ha sabido usted dónde vivo?

—Porque soy un mago.

—Acaba de decir que no es usted un mago.

—¡Oh, es cierto...! Bueno, no soy mago, pero soy detective. Y un detective, señorita Mason, puede conseguir saber cosas mucho más difíciles que una dirección de una muchacha que le interesa.

—¿Quiere decir que me siguió? —Lo miró con los ojos desorbitados Sylvia—. ¿Yo le intereso?

—Efectivamente.

—Pe... pero usted... no tenía derecho a hacer eso.

—Denúncieme a la policía —la miró, sonriente, Abel—. Puedo darle el nombre de un teniente de Homicidios que la atenderá con mucho gusto. Y si usted le dijese al teniente Peppard que he intentado, por ejemplo, violarla. No estaría encantado, porque se daría el gustazo de tenerme una temporada entre rejas..., hasta que se demostrase que no había sido así, claro está.

—Usted..., usted me está tomando el pelo.

—Un poco —admitió Abel—. Pero si se lo tomo yo, no se lo tomarán otras personas. Y éste sería el caso, si usted fuese a denunciarme a la policía por haberla seguido hasta su domicilio. ¿Sabe usted lo que le dirían en cualquier precinto policial, si iba a presentar esa denuncia?

—¿Qué me dirían? —se interesó vivamente Sylvia.

—Le dirían que ellos habrían hecho lo mismo.

Sylvia Mason parpadeó. Y por fin, sonrió abiertamente.

—Me parece, señor Drummond, que ésta no es una conversación adecuada entre dos personas que se dirigen a un entierro.

—¿Por qué no? —protestó Abel—. A fin de cuentas los muertos no somos nosotros, ¿verdad?

* * *

El cadáver de Dorothy Sommers fue descendido, en su lujoso ataúd, a la fosa en aquella soleada mañana estival. Luego, se procedió a las oraciones habituales, y finalmente, la fosa fue cerrada. Ciertamente, no era aquélla una situación como para que nadie andase por allí sonriendo. Ni siquiera Abel Drummond, por supuesto, que, aparte de respetar muchísimo la Muerte, tenía otras cosas que hacer. ¿Cuántas personas podían haber allí contando familias y empleados de la Sommers? ¿Doscientas cincuenta?

¿Quizá trescientas? Tampoco pensaba Abel perder el tiempo contándolas. Pero sí tenía la certeza de que una de aquellas personas estaba asistiendo al entierro de su víctima.

—¿Qué te ha parecido? —preguntó Peppard, acercándose a su amigo cuando la ceremonia hubo terminado.

—¡Oh, divertidísimo! —replicó Abel.

—¿Divertidísimo? ¡Vaya, ya estás con tus pitorreos!

—Hombre, eres tú el que parece pitorrear. Estamos asistiendo al entierro de una señora que la han estrangulado a lo bestia, y me preguntas eso.

—Tengo una noticia para ti —farfulló Peppard, desistiendo, con muy buen sentido, de discutir con su amigo—. Es referente al coche cuya matrícula me facilitaste ayer.

—Es un coche robado, claro.

—Claro. Y tocando variaciones sobre el mismo tema...: ¿te ha dicho ya algo Danny sobre esos tipos?

—¿De qué me estás hablando? —Se pasmó hipócritamente Abel.

—Te estoy hablando de Danny Robson. Ese soplonete narices largas amigo tuyo, que se dedica a fisgar por todas partes y luego te lo cuenta todo.

—¡Santo cielo! —Se aterró Abel—. ¿Estás sugiriendo que yo tengo tratos con un sujeto que vive en el hampa?

—¡Vete al cuerno! —masculló John Peppard.

Pero quien se alejó fue él, dejando solo a Abel Drummond. Mas por unos instantes solamente, ya que Sylvia Mason, Mark Rawlings y James Warden se acercaban presurosamente a él. Y por su expresión, que ya había notado un tanto diferente en los dos hombres mientras se realizaba el entierro, Abel comprendió que tenían algo que estaban ansiando decirle.

—Sólo puedo estar con usted un par de minutos, señor Drummond —dijo James Warden, apenas llegar ante él—. Como comprenderá, tengo que atender a las personas que han asistido al sepelio de mi esposa, pero...

—No se disculpe, señor Warden. Entiendo perfectamente eso Y entiendo también que tiene usted algo importante que decir. ¿Qué es ello?

—Bueno, nosotros no somos policías ni detectives, ni nada parecido..., pero anoche esto nos dio bastante en qué pensar. Y

pensando, pensando, recordamos algo que sucedió en la Sommers hace poco más de medio año.

—¿Qué sucedió?

—Había un obrero allí, que trabajaba en la planta envasadora, que fue despedido por esas fechas de la empresa. Era un hombre alto y fuerte, de carácter bastante violento..., y que si no recuerdo mal cojeaba un poco.

Abel Drummond casi respingó realmente interesado.

—¿Cojeaba? ¿Está usted seguro de eso, señor Rawlings?

—Completamente seguro. De otro modo no lo diría, señor Drummond. Lo que no recuerdo es el nombre de ese obrero, pero sí recuerdo su carácter violento y que cuando fue despedido aseguró que aquello no quedaría así, y que a él nadie le perjudicaba sin pagar luego la correspondiente factura.

—Naturalmente, usted no sabe dónde vive ese sujeto.

—Claro que no. Ya le digo que no recuerdo ni siquiera el nombre. Y hoy no se lo podré decir, porque la Sommers ha dado fiesta a todo el personal. Además, creo que Roger Sommers está dispuesto a oponerse a cualquier iniciativa que tengamos Jim y yo. Pero mañana que Roger se va a unas regatas...

—¿A unas regatas? —Parpadeó Abel—. ¿Y dónde van a ser esas regatas, señor Rawlings?

—¡Oh! ¡Aquí mismo! ¡En Galveston Bay!

—Ya. Bien, esperaremos a mañana para conseguir el nombre y la dirección de ese sujeto que cojea ligeramente, si es posible. Avísenme en cuanto lo consigan. Por mi parte, yo también me he dedicado a pensar y tengo una pregunta para usted, señor Warden: ¿quién más, aparte de su suegro, era o es aficionado a la caza en su casa?

—Yo mismo —se sorprendió James Warden.

—Pero usted no iba el día del accidente de Frank Sommers en aquella cacería, ¿no es así? Al menos su nombre no constaba en el periódico.

—No... Yo no fui aquel día, en efecto. Aquel día, precisamente, Dorothy y yo decidimos pasarlo en el mar. Mi cuñado es muy aficionado al mar y tiene una hermosa lancha que le pedimos prestada.

—Entiendo. O sea, que nadie puede probar eso que usted acaba

de decir: o sea, que estuvo usted todo el día y todo el tiempo con su esposa en la lancha de su cuñado.

—Bueno..., no lo sé. Yo no sé si alguien nos vio, aunque supongo que no, desde luego. ¿Qué está usted tratando de decir, señor Drummond?

—Yo, nada. Solamente pienso en lo que podrían decir otras personas. Me estoy refiriendo, naturalmente, a la muerte de su suegro, Frank Sommers. ¿Podría yo ver su escopeta o sus escopetas si tiene varias, señor Warden?

—Me parece que se está usted pasando, Drummond —masculló Mark Rawlings—. Si está tratando de insinuar que Jim ha podido...

—Cálmese, por favor, señor Rawlings. Yo soy un detective privado, no un acusador de pacotilla. Lo que ocurre es que las investigaciones de un profesional, o mejor dicho la línea investigadora de un profesional, casi siempre sorprende al neófito. Todo lo que tiene que hacer el señor Warden, que a fin de cuentas es mi cliente y me paga, es colaborar conmigo. De otro modo, no puedo garantizarle buenos resultados.

—Yo estoy de acuerdo con él, Mark, tranquilízate —murmuró Warden—. ¿Qué es lo que usted quiere saber exactamente, Drummond?

—En definitiva, y para no perder tiempo, lo que yo deseo es ver su escopeta o escopetas. ¿Es posible esto?

—Desde luego, pero no las tengo aquí, en Houston, sino en la cabaña que compré hace tiempo cerca de Goodrich. —¡Ah, sí, Goodrich!— asintió Abel. —Eso está cerca de Sam Houston National Forest, ¿no es así? Y muy cerca del Trinity River.

—Así es. La cabaña está precisamente casi tocando el río.

—¿Me permitiría usted que fuese a echar un vistazo a esa cabaña? Tendrá que darme la llave, claro.

—Es usted un zorro astuto, Drummond —sonrió Mark Rawlings—. Yo creo que él tiene razón, Jim. Tendrías que darle la llave de la cabaña y dejar que hiciera todo lo que le viniera en gana. Estoy seguro de que Drummond sabe muy bien lo que está haciendo.

—Bueno, señor Rawlings —sonrió Abel—, por lo menos sé perfectamente lo que estoy intentando. Llevaré conmigo a la señorita Mason, como testigo ocular.

Efectivamente.

En la cabaña propiedad de James Warden, había dos escopetas de caza. Dos hermosas piezas de gran potencia y precisión. Una de ellas era de la marca «Winchester» y la otra de la «Springfield». Ambas eran de cartuchos, no de balas y por supuesto una descarga con cualquiera de las dos armas era más que suficiente para matar a un hipopótamo.

Abel se volvió hacia Sylvia Mason, y la encontró mirándole a él, completamente embobada. Al darse cuenta de que él la miraba, la muchacha reaccionó, y desvió la mirada hacia las escopetas.

—Hay dos —dijo.

—¡Qué buena vista tiene usted, señorita Mason! —se admiró socarronamente Abel—. Apuesto a que no necesita lentes ni siquiera para trabajar.

—Señor Drummond, ya me estoy cansando de que se esté burlando de mí continuamente —refunfuñó Sylvia.

—Bueno, pues siéntese —inmediatamente Abel alzó las manos en son de paz—. Lo de que se siente no se lo digo en plan de pitorreo, sino porque prefiero que esté sentada a que ande usted tocando cosas en la cabaña. Eso sólo lo podemos hacer los expertos. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —refunfuñó de nuevo Sylvia.

Fue a sentarse en un sillón, y se quedó mirando alrededor. Mientras tanto, Abel Drummond procedió a un pequeño paseo por la pequeña cabaña situada a orillas del Trinity River y muy cerca de la pequeña población de Goodrich. Habían llegado allí en el coche de él poco antes del mediodía y apenas entrar, los dos habían visto las escopetas, bien colocadas en sus soportes en una pared.

Por lo demás, no parecía que en la cabaña pudiese haber nada que les interesase de modo especial. Sin embargo, Abel la recorrió despaciosamente, mirando a todos lados como si fuese capaz de ir fotografiándolo todo con su negra y penetrante mirada.

—Bueno, yo me entiendo —farfulló Abel Drummond, siguiendo en voz alta el hilo de sus pensamientos.

—¿Qué dice? —preguntó Sylvia.

—No decía nada. Mejor dicho, sí decía algo, pero yo me entiendo y bailo solo.

—Pues es usted un *playboy* de lo más raro —sonrió de pronto Sylvia.

—Usted también tiene hoy el día gracioso, ¿eh?

—Sólo me pregunto qué estamos haciendo aquí —encogió los hombros Sylvia—. Y me pregunto también por qué he accedido a acompañarlo a este lugar solitario.

—No se dice solitario; se dice deliciosamente tranquilo y agradable, señorita Mason.

—Bueno, son puntos de vista.

—Efectivamente —asintió muy serio Abel—. ¿Quiere que le exponga el mío respectó a este lugar?

—Ya lo ha hecho, ¿no?

—No. —Abel se acercó y se sentó en otro sillón, tras colocarlo de frente a la muchacha—. No lo he hecho completamente. Este lugar es ideal para que una persona venga aquí y se marche sin que nadie haya reparado en ella. ¿Está usted de acuerdo?

—Pues sí..., la verdad es que sí, desde luego.

—Bien. En esas condiciones, si esta cabaña es mía yo puedo venir aquí, tomar una de esas escopetas, regresar a Houston, descargarle a usted dos cartuchos en el cuerpo, volver aquí y limpiar la escopeta, colocarla en su sitio..., y luego irme a la playa y decir que me he pasado todo el día tumbado al sol.

—Pero... Esta suposición significa que el señor Warden ha sido quien mató a su suegro.

—No, forzosamente. Cabe la posibilidad de que, en realidad, el señor Warden estuviese ese día disfrutando del mar y de la tranquilidad en compañía de su esposa, pero apostarí a que una de esas armas fue utilizada para matar a Sommers.

—Entonces, ¿qué es lo que hará usted para probarlo?

Abel Drummond no contestó. Se quedó mirando fijamente las dos escopetas colocadas en sus soportes de la pared. Claro está que podía equivocarse, como cualquier mortal, mas en el fondo de su mente estaba la idea todavía muy lejana de que se iba aproximando a la verdad. Pero era una verdad nebulosa que cuando parecía que iba a concretarse desaparecía como una nubecilla de humo impulsada por el viento.

Se puso en pie diciendo:

—Voy a ver si hay algo para beber y comer en la cocina. ¿No le

gustaría almorzar en este paradisíaco lugar?

—No se pierde nada probando. Suponiendo que realmente haya algo que comer en esta cabaña.

—Voy a comprobarlo.

Abel fue a la pequeña cocina, y abrió los estantes. Había cosas que comer desde luego, si bien todas ellas envasadas y por supuesto productos de la Sommers Nutry, Ltd. Carne, hamburguesas, salchichas... Era evidente que la Sommers disponía de una variada gama de productos alimenticios en conserva. Incluso tenía jugo de tomate, zumo de frutas y hasta cerveza envasada expresamente para la Sommers Nutry, Ltd.

—Aquí hay de todo —dijo en voz alta, Abel Drummond—. Lo malo es que la cerveza...

Mientras decía esto se volvía impetuosamente hacia la puerta de la cocina, con el gesto rápido y seguro de quien se considera sólo en un lugar. Pero, no estaba solo. Sylvia Mason estaba junto a él, examinando también el contenido de botes del armario de la cocina, y al girarse tan bruscamente Abel Drummond chocó con ella con tal fuerza que la habría derribado si no la hubiera sujetado con rápidos reflejos por los hombros.

—¿Por qué grita tanto? —exclamó ella.

—Por la sencilla razón de que creí que estaba usted en la salita —refunfuñó él—. ¿Se puede saber qué hace aquí?

—¿Qué quiere que haga? —se sorprendió la muchacha—. Lo mismo que usted. Mirar si hay algo para comer.

—Quiero decir que por qué ha venido tan silenciosamente.

—Si le parece iba a venir silbando.

—Oiga, nena rubia, ¿sabe que su sentido del humor empieza a cargarme bastante?

—Sí. Es lo que les pasa a los graciosos. Les revienta que haya otro más gracioso que ellos.

—¿Y usted se las da de graciosa?

—Por lo menos estoy comenzando a irritarle a usted, lo cual ya es un buen punto de referencia. ¿Qué le parece si dedica sus manos a algo mejor que a sujetarme los brazos, señor Drummond?

Abel Drummond estuvo unos segundos mirando con hosca fijeza los azules y bellísimos ojos de la muchacha. De pronto, sonrió de orejota a orejota y dijo:

—Tiene usted razón.

Le soltó los brazos... y la abrazó por la cintura con fuerza y apretándola contra su pecho. Sylvia Mason lanzó un gritito de sorpresa y alzó el rostro para espantarle a Abel lo que pensaba de él por aquella actitud. Pero al alzar el rostro todo lo que consiguió fue favorecer los siniestros propósitos de Abel Drummond.

Fue un beso que más bien pareció una traca china, pues Sylvia Mason se estremeció bajo diversos impulsos. El primero de ellos pareció el de resistirse. El segundo fue como de sorpresa. Y el tercero y sucesivo fue de puro y simple placer... Al menos así pensaba Abel mientras también en su cabeza tenía la sensación de que estallaba una traca china que se iba extendiendo por todo su cuerpo hasta las mismísimas puntas de los dedos gordos de los pies.

Para acabar de complicar el estruendo interior, Sylvia Mason le rodeó el cuello con los brazos y prácticamente quedó colgada de él. Como suele decirse, no se puede pedir más cuando la bolsa ya está llena.

Finalmente, Sylvia Mason no pudo resistir más tiempo sin respirar a pleno pulmón y tuvo que apartar su boca de la de Abel Drummond. Lo hizo muy lentamente deslizando los tenues labios sonrosados por la mejilla del detective privado y llegando hasta su cuello, donde depositaron un besito que estremeció ahora a Abel Drummond como si acabase de recibir un latigazo.

—¡Mi madre! —jadeó el detective privado—. ¿Qué es lo que está pasando?

—La lástima —dijo Sylvia Mason—, es que la cerveza estará caliente.

Abel la apartó sólo lo justo para poder mirarla a los ojos.

—¡Demonios! —exclamó—. Acabamos de darnos un beso que habría hecho temblar los cimientos de un rascacielos, y te pones a hablarme de la cerveza.

—Quizá lo hago para no acordarme de que alguien llamada Jenny puede estar disconforme con esto, señor Drummond.

—¡Oh..., bueno! ¡Claro...!; sí, realmente quizá esto no le guste mucho a Jenny.

—¿Mucho? A mí no me gustaría nada en absoluto.

—Jenny es bastante más comprensiva que tú, me parece —sonrió Abel Drummond.

—Ella es comprensiva, yo soy tonta..., y tú eres, desde luego, el *playboy* más sinvergüenza que he conocido en mi vida. Bueno..., casi el más sinvergüenza.

—¿Conoces a otro más sinvergüenza que yo? —exclamó Abel Drummond poco menos que al borde del desmayo.

—Sí —murmuró Sylvia Mason—. Conozco por lo menos a otro más sinvergüenza que tú. Pero no vamos a hablar de sinvergüenzas ahora, supongo.

—De algo hay que hablar. ¿Qué tiene de malo la cerveza caliente?

—Pues que no es tan agradable como la fría. Pero podemos bebería caliente... Abel, ¿qué vas a decirle a Jenny?

—Decirle..., ¿sobre qué?

—Sobre esto nuestro.

—¿Y qué es esto nuestro? —Se pasmó el detective.

—¡Oh, santo cielo! —gimió la muchacha—. No me digas que después de ese beso vas a dejar que las cosas sigan como hasta ahora.

—¿Y qué crees que podemos hacer?

—Pues... amarnos locamente hasta el fin de nuestras vidas.

Abel Drummond se quedó mirando a Sylvia Mason con la boca abierta. Pero abierta de verdad en toda su extensión. Por fin, la cerró, movió la cabeza y refunfuñó:

—Vaya jovencita... No se puede decir que te arredre la competencia. De todos modos, pareces muy segura de poder vencer a Jenny.

Sylvia Mason volvió a rodearle el cuello con sus brazos y apretó su pecho contra el de él, mientras susurraba:

—Yo puedo darte lo mismo que otra mujer... Mejor dicho, lo mismo, no, sino más y mejor.

—¿Sabes qué me está pareciendo? Pues me está pareciendo que yo he venido aquí en busca de dos escopetas..., y he sido cazado como una pieza menor. Pero a mí no se me caza tan fácilmente, de modo que...

* * *

—¿Qué le dirás a Jenny? —preguntó Sylvia.

—Todavía no lo sé —movió la cabeza Abel—. ¿Te ayudo a

ponerte el jersey?

—Sé vestirme solita desde hace mucho tiempo —sonrió Sylvia Mason—. ¿Qué hora es?

—La hora de regresar a Houston, desde luego. Supongo que en el día de hoy no habrá habido más acontecimientos dignos de interés, pero la verdad es que estoy deseando regresar allá.

—No eres muy amable, francamente.

—Tú ya me entiendes —sonrió él—. Por mi gusto, pasaría aquí la noche contigo, pero...

—Pero eso ya le parecería demasiado a Jenny, ¿no es así?

—Me temo que sí.

—Bueno, nuestra situación es realmente curiosa —se quedó mirándolo maliciosamente Sylvia Mason—. Dime cómo es Jenny.

—¿Jenny? Bueno..., es sencillamente encantadora. Tiene los ojos muy grandes, de un color oscuro y el cabello largo y ondulado... Es preciosa, en una palabra.

—Señor Drummond —frunció el ceño Sylvia—, ¿se da cuenta de lo mucho que es necesario amarle para soportar que usted hable así de una mujer rival?

—Sí —asintió Abel, acercándose a ella y abrazándola—. Me doy perfecta cuenta de eso, y me pregunto por qué tienes que amarme tanto y en tan poco tiempo, Sylvia.

—Quizá porque llevaba mucho tiempo hambrienta de amor y tú has sabido... alimentarme.

—Eso es muy lisonjero para un hombre —deslizó Abel, mientras besaba a Sylvia en un lado del cuello—. ¿Tú no tienes nada que decirme a mí?

—¿Decirte? ¿Sobre qué? —Se apartó ella para mirarlo.

—Tú sabrás.

—Yo creo —murmuró Sylvia Mason bajando los párpados— que ya te lo he dicho todo durante esta tarde, Abel.

—De acuerdo —aceptó él con tono de voz un tanto seco—. En ese caso será mejor que emprendamos el regreso a Houston. No quisiera que Jenny se inquietase por mi tardanza.

—Eso quiere decir que no vamos a pasar la noche aquí.

—Por supuesto que no.

—Bien. ¿Te importaría dejarme en mi casa antes de ir a reunirme con Jenny?

—Claro que no —gruñó Abel Drummond—. De todos modos ella tendrá que esperar todavía un poco, pues antes de regresar a casa voy a pasar por el Departamento a llevarle las escopetas a Johnny.

CAPÍTULO V

Finalmente, el teniente Peppard dejó de mirar las dos escopetas tan cuidadosamente colocadas sobre su mesa, y miró al detective privado.

—Supongo que te das cuenta de que esto puede complicarle muchísimo las cosas a tu cliente el señor Warden, Abel.

—Sí, pero también puede simplificárselas. Como te he explicado, es muy fácil llegar a esa cabaña sin ser visto. Lo que quiere decir que cualquiera pudo tomar una de estas escopetas, ir a dispararla contra Frank Sommers, y colocarla de nuevo en su sitio bien limpia.

—Bueno. —Peppard movió la cabeza—, ciertamente no vamos a perder nada con llevarlas a Balística y al Laboratorio a ver qué huellas hay en estas armas. Entiendo que la señorita Mason ha ido contigo a ese lugar.

—Así es —sonrió Sylvia Mason—. Y estoy dispuesta a corroborar ante quien sea todo lo que acaba de decirle a usted Abel.

—No me diga que también usted ha caído en sus redes de *playboy*.

Sylvia Mason encogió los hombros, con un gesto tan delicioso que hizo reír a los dos hombres.

—Era mi destino —dijo con resignación simulada.

—¿Puedo utilizar tu teléfono, Johnny? —preguntó Abel señalando el aparato.

—¡Vaya una pregunta tonta! —replicó el policía.

Abel descolgó el auricular y comenzó a marcar un número.

—¿A quién estás llamando? —se interesó Sylvia.

—A mi secretaria, la morenita y simpática Adele.

—Pero hombre —exclamó Peppard—, ¿tú sabes la hora que es? Esa chica ya debe estar en su apartamento.

—Pues allí la llamo, hombre... ¿Adele? ¡Hola, querida! Soy tu bellísimo y simpático jefe. ¿Hay algún recado de importancia para mí?

—...

—¡Oh, Jenny! Bueno, sí, es natural que ella me llame siempre. ¿No ha llamado Danny?

—...

—De acuerdo. Entonces, nada digno de mi inmediata atención. Dime una cosa, bombón: ¿a cuál de nuestros muchachos tenemos libre en estos momentos?

—...

—Ah, nada menos que Jerry. ¡Estupendo! Gracias, bomboncito, ya nos veremos mañana...

Riendo de nuevo, Abel Drummond colgó el auricular. Dejó de reír en el acto, y se acarició la barbilla pensativamente.

—¿Y ahora? —inquirió Peppard—. ¿Qué se cuece ahora en tu cerebro de mosquito, *playboy*?

—Pues estaba pensando que Jenny debe estar realmente enfadada conmigo. Hace dos días que le aseguro que voy a llegar pronto a casa y no lo hago.

—Lo cual quiere decir —sonrió Sylvia Mason— que el *playboy* Abel Drummond está deseando llegar a su casa para calmar la furia o la ira de su encantadora Jenny. ¿No es eso, Abel?

—Eres una chica inteligente —sonrió de orejota a orejota Abel Drummond—. Y además, muy comprensiva.

—¿Tanto como Jenny?

—Yo diría que más, querida.

—Con estas palabras me estás obligando a ser comprensiva hasta el punto de decirte adiós y marcharme yo sola en un taxi a casa. ¿No es eso?

—Bueno..., no es que yo me niegue a llevarte en mi coche, pero...

—Entiendo. Buenas noches, teniente Peppard. Adiós, amado mío, hasta mañana.

Dicho esto, Sylvia Mason se inclinó y besó en los labios a Abel Drummond. Durante los dos o tres primeros segundos, John Peppard creyó que era un simple besito de despedida, y que la muchacha se iba a separar inmediatamente del *Playboy* detective

privado, y salir del despacho. Pero no fue así. Al parecer, a Sylvia Mason le gustaban los besos de Abel Drummond, porque tras haber iniciado aquel que parecía de despedida, lo que hizo fue sentarse en sus rodillas y rodearle el cuello con sus brazos.

Y para pasmo del teniente de Homicidios, estuvieron así intercambiando legiones de microbios, durante no menos de minuto y medio.

Hasta que, finalmente, Sylvia Mason apartó su boquita y suspiró.

—Una vez me dijeron que la vida continúa y no lo creí. Pero ahora, gracias a ti, lo creo, Abel. Te lo agradezco muchísimo, mi amor.

Le dio, ahora sí, un breve besito en los labios, se puso en pie y segundos después la puerta del despacho de Peppard se cerraba tras ella. El teniente policial, que contemplaba boquiabierto la puerta, consiguió por fin cerrar la boca y miró a su amigo que sonreía como un niño inocente.

—¡Demonios, Abel...! Realmente las fascinas. ¿Cómo te las arreglas?

—Oye, si vas a hacerte el mártir, plegamos velas —refunfuñó el detective—. ¡Que sé muy bien que tú mereces el nombrecito de *playboy* tanto como yo! ¿Con quién te crees que estás tratando?

—¡Hombre, estoy tratando contigo! —sonrió simpáticamente Peppard—. Con mi viejo amigo Abel.

—Bueno, no me toques más las narices. Voy a llamar otra vez por teléfono. ¿Algo que oponer?

—Claro que no.

Efectivamente, Abel Drummond llamó otra vez por teléfono. Estaba ya a punto de colgar el auricular cuando, por su gesto, Peppard comprendió que acababan de contestar al otro lado.

—¿...?

—¡Hola, Jerry, soy Abel! Adele me ha dicho que estás libre de trabajo en estos momentos. ¿Se ha equivocado o no?

—...

—Estupendo. Bueno, mira: tienes que darte un paseo por el número cuarenta y cuatro de Rowlan Street. Eso está relativamente cerca de *Post Oak Road* y *Holcombe Bulevard*. En el 44 de Rowlan Street vive una jovencita rubia, de ojos azules y encantadora por más señas, que se llama Sylvia Mason. Aunque ella no lo ha

confesado en ningún momento, sé que vive con otra persona en el apartamento. Quiero saber cuanto antes quién es esa persona y cuánto tiempo hace que vive con ella.

—¿...?

—Bueno, si no te gusta eso, pues mueve los pies. Y no te duermas.

Abel Drummond colgó el auricular de un manotazo, mientras John Peppard, riendo, preguntaba:

—¿Cuántos hombres tienes ahora trabajando en tu agencia, Abel?

—Catorce o quince. Adele lleva la cuenta. Desde luego, me divertía bastante más cuando estaba yo solo y me encargaba de los casos esporádicos que me salían de cuando en cuando...

—Inconvenientes de la fama, amigo mío —exclamó Peppard.

—Supongo que sí. Bueno, aquí te dejo las escopetas.

Vendré mañana por la mañana a ver qué habéis averiguado sobre ellas.

—De acuerdo, *playboy*. Que descanses... ¡Ah! Y besos a Jenny.

* * *

Le dio un beso en la frente, tras obligarle a acercarse pasándole una mano por la nuca.

Pero tal como esperaba por parte de Peppard, éste protestó al recibir el sonorisimo ósculo.

—¡Oye...!

—De parte de Jenny, por los que le mandaste ayer por mi mediación —cortó Abel.

—¡Ah, bueno! —sonrió el policía—. Si es de parte de ella, gracias mil. ¿Qué te trae por aquí tan temprano?

Abel dirigió una torva mirada a su amigo.

—Menos guasa —refunfuñó—. Estoy en tu despacho tan temprano por el mismo motivo que lo estás tú. Porque los dos queremos saber qué tienen que decirnos los servicios técnicos de la policía respecto a las dos escopetas que yo conseguí para vosotros.

John Peppard asintió, muy seriamente. Señaló una carpeta que tenía sobre su mesa escritorio y se sentó. Abel Drummond se sentó frente a él y se quedó mirándolo mientras el policía abría la carpeta y sacaba unos folios mecanografiados.

—Hacía unos minutos que los había leído, cuando tú has llegado —murmuró un tanto inquieto Peppard—. ¿Quieres leerlos o te los resumo rápidamente?

—Primero resúmelos y si me interesan los leeré de cabo a rabo.

—Bien. La escopeta «Springfield» fue la que disparó contra Frank Sommers, el suegro de James Warden, hace cinco meses. Pero —alzó rápidamente las manos el policía—, en el arma homicida hay otras huellas, además de las de James Warden.

—¿Y cómo sabes tú eso? ¿De dónde has sacado las huellas de James Warden?

—Hombre, estuvo detenido aquí, Abel.

—Es cierto. Bueno, vamos a ver. Estás seguro de que hay huellas de otra persona además de James Warden. Pero en este caso, la persona que dejó esas huellas ha sido descuidada y además no ha utilizado guantes.

—Así es —asintió Peppard.

—¿Habéis cotejado esas huellas con las de vuestros archivos?

—Estamos en ello. Incluso las hemos enviado al FBI. De todos modos, no son huellas completas y algunas resultan dudosas respecto al dedo que pertenecen. No tenemos grandes esperanzas de identificar a la persona que las ha dejado, pero hay que intentarlo.

—Está bien. ¿Qué piensas hacer con respecto a James Warden, considerando que la escopeta es de su propiedad?

—Por el momento, voy a esperar respuesta a nuestra consulta sobre las huellas no pertenecientes a él que hemos hallado en la «Springfield». Luego, ya veremos...

* * *

Adele miró enfurruñada a su jefe cuando éste entró en la Drummond Investigations.

—¡Buenos días, querida Adele! —saludó el detective privado—. ¿Cómo van las cosas esta mañana por la oficina que tan magníficamente diriges en mi ausencia?

—A mí nunca me ha sentado bien la coba —refunfuñó la secretaria.

—A ti te sienta bien todo, hijita. —Abel se sentó en el borde de la mesa—. ¡Hay que ver cómo estás esta mañana! ¡Más radiante que nunca! Bueno, querida, ¿tenemos algún recado que atender?

—Ha llamado Jerry hace algunos minutos. Le dije que le llamase a su apartamento, pero dijo que ya lo había hecho y que usted no estaba allí. De modo que me dejó el recado y me dijo que se iba a la playa.

—Para eso pago yo a la gente —farfulló Abel Drummond—. Para que se diviertan mientras yo trabajo. ¿Cuál es el recado de Jerry?

—Es sobre una señorita llamada Sylvia Mason.

—Ya sé, ya sé. ¿Qué ha dicho sobre ella?

En silencio, Adele tendió a su jefe el papel en el que había anotado el recado del detective privado de la Drummond Investigations, Jerry Logan. Abel Drummond leyó rápidamente lo escrito, y palideció. Estuvo unos segundos como petrificado. Luego murmuró:

—Soy un completo idiota, un cretino de los más grandes del mundo... Yo diría que el más grande del mundo.

—Usted siempre fanfarroneando —sonrió Adele.

—¿Cómo fanfarroneando? —La miró vivamente el detective—. ¡Me estoy llamando cretino a mí mismo!

—Sí... Pero hasta en plan cretino tiene que ser el más grande del mundo.

—¡Oh...! Bueno, de acuerdo. ¿Algún otro recado?

—Que merezca su magna atención, no.

—Bueno. —Abel saltó de la mesa de su secretaria—. Voy a mi despacho. Estaré toda la mañana...

En aquel momento sonó uno de los teléfonos que Adele tenía sobre su mesa. La secretaria atendió rápidamente la llamada.

—Drummond Investigations: diga.

—...

—Un momento, por favor. Voy a ver si ha llegado. —Adele tapó el micro del auricular, y bajó un poco el tono de voz—. Es un tal señor Mark Rawlings. Dice que...

Abel Drummond no la dejó terminar lo que decía el señor Rawlings. Arrebató el auricular de manos de su secretaria, y atendió personalmente la conversación.

—Señor Rawlings, soy Drummond. Entiendo que tiene usted un nombre que facilitarme. ¿O no lo ha conseguido?

—...

—Estupendo. Sí, un momento, voy a tomar nota. —Abel colocó

ante él un bloc y tomó un bolígrafo—. Diga.

—...

—Sí, sí... Entiendo. Todo anotado. Muchas gracias, señor Rawlings.

—¿...?

—Por supuesto que les tendremos a ustedes al corriente de lo que suceda. Por cierto: ¿acaso está usted en su apartamento?

—...

—¡Ah, entiendo! En su apartamento se quedó el señor Warden, y usted ha acudido hoy al trabajo. Sí, me parece acertado. ¿El señor Sommers ha ido a las regatas de las que hablamos?

—...

—Bueno, es natural. De todos modos, supongo que usted está capacitado para dirigir la Sommers sin la colaboración de Rogers Sommers.

—...

—También tiene usted razón. El deporte es una gran cosa, muy relajante y humanizante, si me permite la expresión. Por lo tanto, esperemos que con todo el día de regatas, Roger Sommers se apacigüe un poco y resulte persona más fácil de tratar. Gracias por su llamada, señor Rawlings.

—...

—Adiós... Adiós, señor Rawlings.

Colgó el auricular, arrancó la hoja del bloc en la que había anotado los datos facilitados por el subdirector de la Sommers Nutry, Ltd., y exclamó:

—¡Aleluya, alegrémonos, querida Adele...! Según parece, acabamos de descubrir al asesino, no sólo de Dorothy Warden, sino de su padre, Frank Sommers.

CAPÍTULO VI

De acuerdo a lo convenido por teléfono, John Peppard llegó al lugar de la cita a pie, después de haber llegado hasta muy cerca de allí en un coche privado, no oficial, de la policía.

Cuando se reunió con su viejo compinche Abel Drummond, éste señaló hacia la casa frente a la cual estaba apostado.

—Ahí lo tienes; el 1125 de Jensen Lane. En el apartamento 3 C vive Randolph Hopkins, el obrero del que habló Mark Rawlings cuyo nombre y dirección me ha facilitado esta mañana.

Peppard miró hacia el edificio, asintió, y volvió a mirar a su amigo.

—¿Sabes una cosa, Abel? Me tiene verdaderamente sorprendido que hayas recurrido a la policía para buscar un enfrentamiento con ese sujeto. No es ése tu estilo, francamente. Tu estilo es más bien el de ir tú solito allá, a entendértelas con el sujeto en cuestión.

—Eso es lo que he hecho —sonrió desganadamente Abel Drummond—. Pero en el apartamento parece ser que no hay nadie, y como sabes que soy un respetuoso cumplidor de la ley, he preferido llamarte en lugar de descerrajar la puerta.

—¡Tonterías! —Gruñó Peppard—. Quiero que me digas la verdad, Abel.

—De acuerdo. La verdad es que en cuanto el señor Rawlings me informó sobre el obrero despedido, Randolph Hopkins, me vine para aquí. No estaba en el apartamento, de modo que... Entre nosotros, Johnny, abrí la puerta con una ganzúa y entré. No hay nadie en el apartamento, pero he encontrado cosas muy interesantes.

—¿Por ejemplo?

—¿Has traído la autorización para entrar en ese apartamento?

—¡Hombre, claro! Bien que te has apresurado a decirme que la consiguiera.

—Pues vamos allá. A ver qué opinas tú de esto.

—Desde luego eres el tío más zorro que he conocido en mi vida —enrojeció de ira John Peppard—. Si te las hubieses podido arreglar solo, no me habrías llamado. Pero como resulta que, igual como con las escopetas, vas a necesitar la ayuda técnica de la policía, me llamas a mí para que te sirva de lacayo y los laboratorios de la policía se pongan a tu disposición. ¿No es así?

—No sé por qué demonios coges siempre esas rabietas —sonrió Abel pasando un brazo por los hombros de su amigo—. Sabes muy bien que en todas las ocasiones que podemos nos ayudamos el uno al otro. Así que deja de refunfuñar y vamos a ese apartamento.

Entraron en el edificio 1125 de Jensen Lane, y subieron hasta el tercer piso. La puerta señalada con la letra C cedió al simple impulso de un dedo de Abel Drummond, y los dos amigos entraron tranquilamente en el apartamento.

Efectivamente, no había nadie allí.

Abel condujo a Peppard hacia el dormitorio directamente. Y cuando vio lo que había encima de la cama, el teniente de Homicidios comprendió que su amigo no sólo tenía razón, sino que había hecho una gran labor. Tan sólo porque esperaba algo verdaderamente sensacional, conociendo como conocía a Abel, pudo John Peppard evitar una exclamación de sorpresa.

Sobre la cama había varias fotografías, en un pequeño montoncito. Luego, dos pistolas, una de la casa «Colt» y una vieja «Parabellum». Una cámara fotográfica, unos prismáticos, y sobre todo, lo que realmente llamaba más la atención, de momento, pelucas y mascarillas de goma.

Abel Drummond cogió una de las mascarillas, se la colocó ante el rostro con gran habilidad, y luego se puso la peluca de cabellos grises.

—¿Quién soy? —preguntó, en tono de niño, jugando al escondite.

John Peppard, que estaba lívido, murmuró:

—Si no recuerdo mal las fotografías de hace cinco meses, eres Frank Sommers.

Abel se quitó aquella máscara de goma y la peluca, y se puso

otro juego de máscara y peluca.

—¡Cu-cú! ¿Quién soy?

—Ahora pareces Roger Sommers —musitó Peppard—. ¡Maldita sea mi estampa, esto es increíble!

—Eso es lo que pienso yo —dijo Abel tirando sobre la cama la peluca y la mascarilla de goma que le asemejaba muchísimo a Roger Sommers—. Pero espera, esto todavía no ha terminado. ¿Por qué no echas un vistazo a esas fotografías?

John Peppard tomó las fotografías, y las fue pasando. Las fue pasando rápidamente, porque después de vista la primera las otras ya no le sorprendieron tanto. En todas las fotografías aparecía alguno de los miembros de la familia Sommers. En unas, el viejo Frank Sommers, ya muerto; en otras, su hija Dorothy Sommers, estrangulada por su marido..., según la acusación verbal de tres personas, posteriormente retirada... En otras, se veía a Roger Sommers... Era una pequeña recopilación de actividades sin importancia de la familia Sommers.

—Lo que quiere decir —musitó Peppard— que efectivamente Randolph Hopkins se ha dedicado, desde que fue despedido de la Sommers Nutry, Ltd., a preparar todo un tinglado para su venganza. Y a fin de evitar que las sospechas recaigan sobre él, puesto que cometió la imprudencia de lanzar amenazas, ha recurrido a este truco de las máscaras y las pelucas... O sea, que los propósitos de Randolph Hopkins son precisamente que James Warden sea acusado de la muerte de los tres Sommers.

—Eso parece. Considerando que a la muerte de los tres Sommers, James Warden heredaría absolutamente todas las acciones y la dirección total de la Sommers Nutry, Ltd., es muy lógico que la policía sospeche del yerno del creador de la Sommers. Y si a esta sospecha se añade que tres personas, tres, vieron o creyeron ver anteanoche a James Warden en el jardín de los señores Ordway durante la fiesta, la cosa va rodando cada vez mejor para Randolph Hopkins. Añade a esto que la escopeta con la que accidentalmente fue muerto Frank Sommers pertenece a su yerno, y que estaba en su cabaña, y ya verás como poco a poco, mientras los Sommers van desapareciendo, el cepo se va cerrando en torno a James Warden.

—¡La madre que lo parió! —jadeó Peppard—. ¿Y dónde puede

estar ahora ese maldito Hopkins?

—Es de suponer que tramando alguna cochinada más. De todos modos, creo que será interesante abandonar el apartamento y dejar vigilancia fuera, esperando que él regrese. No parece que podamos hacer otra cosa, Johnny.

—Pero si ni siquiera lo conocemos —exclamó el policía—. ¿Cómo demonios vamos a saber que es él, cuando regrese?

—Sí, hombre, sí que lo conocemos. Hay aquí un par de fotografías en las que aparece él.

—¿Aquí? —Miró Peppard a todos lados—. ¿Dónde?

—Aquí —farfulló Abel sacando dos fotografías de un bolsillo de su chaqueta.

Peppard le dirigió una furiosa mirada, y se las quitó de las manos de un brusco tirón.

Examinó las fotos en las que había varias personas. Abel señaló una de ellas, y el teniente policial movió la cabeza con gesto dubitativo.

—Habrá que hacer ampliaciones —murmuró—. Me pregunto para qué demonios quiere ese sujeto las mascarillas de Frank Sommers y Roger Sommers.

—Pues para lo mismo que quiere la de James Warden: para poder estar en muchos sitios en los que Frank Sommers y su hijo Roger no llamarían la atención, y en cambio él sí la llamaría, al no ser conocido.

—Un momento... Aquí no está la mascarilla de James Warden, Abel.

—No. Lo que me hace suponer que en estos momentos, como debió hacer anteanoche, nuestro amigo Randolph Hopkins anda por ahí haciéndose pasar por James Warden. Aunque me atrevo a suponer que de día no tendrá narices para hacer semejante cosa. De noche es diferente.

—Entonces, sin duda alguna, fue Randolph Hopkins quien la otra noche estranguló a Dorothy Warden en el jardín de la villa de los Ordway —dijo Peppard.

—Si tenemos en cuenta todos estos datos, y que posteriormente los testigos Jess y Mary Carslile, y Peter Dewey, amigos de los Ordway y de los Warden, se retractaron de su primera declaración, afirmando que no podían estar seguros de que, en efecto, habían

visto a James Warden, y que además el hombre que les había parecido James Warden cojeaba un poco.

—Sí —murmuró Peppard—. La cosa parece estar bastante clara. Ahora sólo nos queda encontrar a Randolph Hopkins.

—Eso parece —asintió el detective.

—Me parece que no estás muy conforme. —¿Por qué no? Tú mismo has dicho que la cosa no puede estar más clara. Así que...

—Será mejor que salgamos de aquí —respingó, de pronto, John Peppard—. Vamos a la calle, y avisaré al Departamento para que envíen unos cuantos hombres, a fin de acordonar la manzana y vigilar el apartamento... En fin, todo eso. Supongo que no vas a perderte la caza y captura de Randolph Hopkins.

—Claro que no. Pero mientras tú preparas todo este tinglado, yo voy a ver si encuentro por ahí un teléfono para llamar a Adele, por si hay alguna novedad.

—¿Qué más novedades esperas?

—No me falles, Johnny —murmuró muy seriamente Abel Drummond—. Piensa bien en lo que está sucediendo. ¿Tú crees que un sujeto como parece ser este Randolph Hopkins, puede recurrir a dos profesionales del crimen, como sin duda eran los que esperaban frente a la funeraria?

John Peppard parpadeó, desconcertado un instante. Luego, se mordió los labios.

Estuvo pensativo unos segundos, por fin encogió los hombros.

—¿Por qué no? Es más que posible que este Randolph Hopkins tenga amigos entre esa clase de gente, y que se hayan brindado a ayudarle.

Abandonaron los dos el apartamento, y bajaron a la calle. Peppard se ocupó de avisar al Police Department, mientras Abel Drummond, desde el teléfono de un bar, llamaba a su oficina.

Naturalmente, le contestó Adele.

—¿...?

—Adele, querida, guapita: soy yo. ¿Algún recado?

—...

—Ah, estupendo. ¿Y qué te ha dicho nuestro buen Danny Robson?

—...

—Bien. ¿Conoce sus nombres?

—...

—Estupendo. ¿Y dónde están en estos momentos, si es posible saber eso?

—...

—¿Qué me dices? —Se pasmó el «privado». Pero ¿todavía hay alguien que juega al billar? ¿De verdad existen unos billares? ¿Dónde?

—...

—¡Okay, encanto! Le diré a Mike que eres un bombón.

—...

—Bueno, pues si ya lo sabe le gustará que otros hombres piensen lo mismo de ti —refunfuñó Abel.

Colgó el teléfono, salió del bar, y fue directo a donde había dejado estacionado su propio automóvil.

Por supuesto, cuando se alejó de allí no le había dicho ni palabra a John Peppard respecto a que su amigo, el soplancete Danny Robson, había localizado a los dos sujetos que habían disparado contra ellos a la salida de la funeraria el día anterior.

* * *

Entró en la sala de billares, fue al soporte de la pared, y tomó uno de los tacos colocados allí ordenadamente. Con el taco colocado en el hombro como si fuese un fusil en pleno desfile militar, Abel Drummond se acercó a la verde mesa en la que dos hombres se dedicaban a las carambolas.

Uno de ellos estaba a punto de tirar, el otro contemplaba con grandísima atención la inminente jugada. Por fin, el cuero del taco impactó en la bola, ésta salió rodando suavemente, tocó con la roja, y fue hacia la otra blanca. Pero no lo bastante bien dirigida, así que pasó rozándola, haciendo una «corbata» en el ángulo, y la posibilidad de la carambola se esfumó definitivamente.

—Eres un paquete, muchacho —dijo Abel Drummond.

Los dos hombres lo miraron vivamente, componiendo en el acto en sus duras facciones un gesto hostil... Pero al ver al hombre que se había atrevido a hacer tal comentario, los dos quedaron como petrificados.

—Te voy a enseñar cómo se juega al billar, cachalote —dijo Abel Drummond—. Ahora vas a ver.

Y efectivamente, lo pudieron ver. La carambola efectuada por el detective privado fue perfecta, y alegremente sonora. Hecho esto, Abel colocó el taco verticalmente ante él, y miró maliciosamente de uno a otro de los petrificados individuos.

—Apuesto a que me conocéis —dijo amablemente—. Sí, hombre... Soy uno de los tontos que ayer, cuando salían de la funeraria, estuvo en peligro de dejar de respirar gracias a que uno de vosotros, creo que tú —lo señaló con el taco—, os dedicasteis a jugar al tiro al blanco. ¿Verdad que os acordáis de mí?

Gordon y Baldwin se miraron uno al otro, y luego dirigieron una mirada circular.

En la sala había más mesas de billar, la mayoría de ellos americano, y hacia el fondo otras máquinas de juego. Pero parecía que nadie prestaba especial atención a los dos asesinos a sueldo localizados por Abel Drummond.

—No os preocupéis, hombre, nadie se fija en nosotros —dijo Abel Drummond, siempre amablemente—. De modo que podemos sostener una conversación amistosa mientras proseguimos la partida de billar. ¿Sigo tirando yo, o preferís seguir jugando vosotros?

De nuevo se miraron Gordon y Baldwin, y el primero dio un paso hacia la mesa, mientras movía el taco como dispuesto a iniciar su posible serie de carambolas. Pero, de pronto, soltó el taco y llevó la mano derecha velozmente hacia el sobaco izquierdo. La hundió allí, sus dedos llegaron a tocar la fría culata de la pistola... y justo en ese momento, el taco de Abel Drummond, manejado por éste habilísimamente, giró en el aire y golpeó con la parte gruesa de la base en plena cabeza de Gordon.

Se oyó un fuerte crujido, el alarido de dolor del asesino a sueldo, y éste se desplomó hacia atrás, con una tremenda brecha en lo alto de la cabeza, y los ojos en blanco. Al mismo tiempo, Baldwin saltaba hacia un lado, como queriendo ponerse fuera del alcance del taco tan prodigiosamente manejado por Abel Drummond, e imitaba a su compañero en el intento de sacar la pistola.

Lo consiguió.

Pero, mientras la pistola salía de la funda y comenzaba a apuntar hacia Abel, éste efectuaba un sorprendente salto que le aproximó, aún más sorprendentemente, a Baldwin. Y en el momento en que éste iba a apretar el gatillo, Abel Drummond,

todavía en el aire, disparaba su pie izquierdo hacia la mano armada del asesino.

Y mientras la pistola saltaba por el airé, el pie derecho, como en una práctica boxística admirable, golpeaba con la planta a Baldwin en pleno rostro, derribándolo de espaldas.

El asesino se puso en pie rápidamente... Pero para entonces ya estaba frente a él Abel Drummond, que no había soltado el taco. Y al parecer tenía sus bien definidos proyectos respecto al modo de utilizarlo, puesto que apenas había terminado Baldwin de recuperar la vertical cuando el taco, ahora de punta, se hundió en su estómago, como si fuese una lanza capaz de perforar la carne.

Baldwin lanzó un alarido, se llevó las manos al estómago, y se inclinó hacia delante, mientras sus ojos se desorbitaban.

Abel hizo girar de nuevo el taco, y con la parte gruesa otra vez, golpeó en amplio semicírculo a Baldwin en pleno rostro, derribándolo de lado. Todavía se hallaba Baldwin viendo las estrellas cuando Abel Drummond se dedicó a él, ya sin taco, que dejó sobre la mesa.

Asió a Baldwin por las solapas, lo levantó como si fuese un muñeco, lo sentó en el borde de la mesa de billar, y de dos formidables y sonorisímas bofetadas lo despejó completamente.

Con los ojos llenos de lágrimas, completamente derrotado, Baldwin vio ante él borrosa la figura del sujeto de los ojos penetrantes.

—Ya basta —gimió—. ¡Ya basta!

—Yo diré cuándo basta, compadre —dijo fríamente Abel Drummond—. Y para decir basta, antes tengo que obtener una información procedente de vosotros. Ésta es la pregunta: ¿quién os envió a liquidar a quién?

—Nadie... ¡No sabemos de qué nos habla!

Abel dirigió una mirada a Gordon, que continuaba en el suelo sangrante y desvanecido.

Luego, miró alrededor, pero tenía demasiada personalidad y seguridad en sí mismo para preocuparse por el hecho de que, ahora sí, era el centro de atención de todas las personas presentes en la sala de billar, que permanecían todavía expectantes y convenientemente alejadas.

—¿Nadie? —farfulló—. Pues muy bien.

Las siguientes dos tortas que recibió Baldwin parecían capaces de romperle la cara incluso a un elefante. Pero al parecer, Baldwin debía tener la cara más dura que este paquidermo, porque resistió admirablemente.

—Tienes el pellejo duro, ¿eh? —masculló Abel—. Bueno, en ese caso creo que no voy a correr el riesgo de romperme las manos con tu fea jeta. Bastará que te saque un ojo para hacerte comprender que puedo tener lo mismo con el otro.

Sin más complicaciones ni consideraciones, Abel comenzó a apretar con el pulgar de su mano derecha el ojo izquierdo de Baldwin, que comenzó a chillar como un poseso. Otras dos tortas le cortaron bruscamente el resuello, y cuando fue a darse cuenta la presión en el ojo continuó, de un modo tan potente, ocasionándole un dolor tan atroz, que estuvo a punto de desmayarse.

Por suerte para él, no lo hizo. En su lugar, pudo jadear:

—Fue Roger Sommers quien nos contrató... para que liquidásemos a su cuñado, a James Warden...

—¿Estás bromeando? —exclamó Abel, dejando de apretar en el acto.

—¡Váyase a la mierda! —jadeó Baldwin—. ¡Claro que no estoy bromeando!

—¿Conoces a Randolph Hopkins, un ex empleado de la Sommers Nutry, Ltd.?

—No. Ni Gordon ni yo conocemos a ese sujeto.

—No lo entiendo... No entiendo nada.

Abel Drummond, detective privado, estaba tan sorprendido, tan verdaderamente desconcertado por aquella revelación, que se relajó en cuanto a su vigilancia sobre los dos asesinos profesionales. Respecto a Baldwin no había problema, puesto que estaba ante él, bien controlado y amedrentado por la actitud de Abel. Pero también perdió de vista por unos segundos a Gordon... Y sólo lo recordó cuando en la sala de billares, de determinada parte de ésta, le llegó un murmullo de inquietud, una serie de respingos y el inicio de un grito...

La reacción de Abel Drummond entonces fue fulminante..., y realmente provechosa para él. Se giró un poco, buscando con la mirada a Gordon, y, justo en el momento en que lo veía, interponía entre él y Gordon, a Baldwin.

En ese momento, Gordon disparaba.

La bala fue a dar en la parte posterior de la cabeza de Baldwin.

Drummond se apresuró a soltar a Baldwin y efectuar un salto hacia atrás y a la derecha, para ir a caer de rodillas, mientras también él, finalmente, se veía obligado a recurrir a su pistola.

Mientras Baldwin caía hacia atrás y su reventada cabeza echaba a perder para siempre el verde paño de la mesa de billar, Gordon, ahora puesto en pie, rodeaba la mesa de billar, para volver a tener en su línea de tiro al detective privado.

Y consiguió tenerlo en su línea de tiro, efectivamente.

Sólo que, al mismo tiempo, Abel Drummond lo tenía a él. La sorpresa de Gordon pareció mayúscula al ver que no sólo él gastaba pistola, sino que aquel sujeto que había llegado repartiendo tortas a manos limpias también iba armado.

Y posiblemente fue esa sorpresa la que salvó la vida a Abel Drummond, que disparó contra Gordon cuando éste ya lo había hecho, pero con escaso acierto debido a la sorpresa.

* * *

John Peppard dio una palmada en un hombro a su amigo, y masculló:

—Bueno, hombre, ¡maldita sea, olvídale ya! A fin de cuentas eran dos asesinos profesionales, ¿no es así?

Abel Drummond lo miró, y encogió los hombros.

—No me gusta matar, Johnny.

—Oye, nene —refunfuñó Peppard—. ¿Acaso es el primer tipo que te cargas?

—No —musitó Abel Drummond—. Y eso es, precisamente, lo que más me duele.

John Peppard frunció el ceño, luego asintió, y volvió a dar una palmada a su viejo amigo.

—Está bien —murmuró—. Será mejor que nos marchemos de aquí, Abel. De todo lo demás ya se están encargando mis hombres.

Abel Drummond asintió con un gesto, y comenzó a dirigirse hacia la salida de la sala de billares. Peppard conversó unos segundos con uno de sus hombres, y salió en pos del detective privado. Poco después, ambos estaban en la calle, caminando hacia el coche de Abel.

—¿Qué piensas hacer ahora? —preguntó Peppard.

—No lo sé. ¿Y tú?

—Hombre, yo voy a Galveston Bay, naturalmente, a detener a Roger Sommers. Tendrá que darnos una muy buena explicación de sus relaciones con esos dos sujetos.

—Te las dará si no te apresuras a decirle que ellos han muerto. Si le dices, ante todo, que esos dos pájaros están ya en el otro mundo, Roger Sommers cerrará la boca y entonces no tendremos modo de cazarlo. Por otra parte, la cuestión parece muy simple, Johnny.

—¿Cómo de simple, según tú?

—Parece evidente que Roger Sommers teme que haya sido efectivamente James Warden quien mató a su padre y a su hermana, y, temiendo que hiciera lo mismo con él y se quedase con la Sommers Nutry, Ltd., ha decidido anticiparse a los planes de su cuñado.

—No está mal pensado.

—Bueno, allá tú. Pero decídetelo. ¿Vienes con nosotros a detener a Roger Sommers a la bahía, o no?

Dos detectives del grupo de Peppard habían salido del salón de billares, y, ya en el coche, habían conducido éste hasta alcanzar a los dos amigos. Abel Drummond miró hacia el coche, encogió los hombros, y dijo:

—De acuerdo. Voy detrás de vosotros en mi coche.

—Si nos perdemos de vista —dijo Peppard—, nos encontraremos en el Baytown Yatch Club.

—Hombre... Supón que vas al Baytown Yatch Club y resulta que dé donde es socio Roger Sommers es de otro club. Voy a llamar a la Sommers, al señor Rawlings, para que me diga de qué club náutico es socio el señor Sommers. Así de sencillo.

—Está bien. Te espero aquí.

Abel Drummond se metió en una cabina telefónica que había muy cerca de allí, y marcó el número de la Sommers Nutry, Ltd., y pidió por Mark Rawlings.

Poco después, no fue precisamente la voz de Mark Rawlings la que sonó en el auricular.

—...

—¿Señor Rawlings? —sonrió, irónicamente, Drummond.

—...

—¡Oh, perdone, señorita Mason! Había confundido su voz con la del señor Rawlings. —...

—Ya lo creo que es posible —insistió Abel—. Seguramente fuma usted demasiado, y por eso por las mañanas su voz suena un tanto ronca, como masculina.

—...

—Está bien. Era una broma, en efecto. ¿Cómo estás, mi amor?

—...

—¿Deseando verme? Vaya, te alabo el gusto... Pero no sé si va a ser posible, hoy. Dime una cosa cariñín: ¿por qué no se ha puesto al teléfono Mark Rawlings, que es con quien quiero hablar?

—...

—¡Ah, entiendo! No, no... No hace falta que pongáis la comunicación con los almacenes, ni que le molestéis. Estoy seguro de que tú podrás proporcionarme el mismo servicio.

—...

—Oye, que yo estoy hablando en serio. Sólo se trata de que necesito saber, ahora mismo, a qué club de yates pertenece Roger Sommers; s; al de Seabrook o al de Baytown.

—...

—Gracias, amor de mi vida. ¿Cómo podría pagarte todo lo que estás haciendo por mí?

—...

—¿Dejando a Jenny? Bueno, me temo que estás pidiendo demasiado, Sylvia. Jenny significa demasiado para mí.

—...

—Tú también, pero eso no quiere decir nada. Y perdona, pero tengo que terminar esta conversación, pues me están esperando. Adiós. ¡Oh, Sylvia! ¡Ahora que recuerdo...! Saluda de mi parte a Bob.

—...

—¿Que cómo lo he sabido? Vamos, vamos, pequeña... No olvides que soy el mejor detective privado de la ciudad... y muchas millas a la redonda. Por lo tanto, sé perfectamente que estás viviendo en tu apartamento con un hombrecillo llamado Bob Merkel. Salúdalo de mi parte, y... hasta la vista.

Sin esperar a más, Abel colgó el auricular, y salió de la cabina,

dirigiéndose rápidamente hacia su coche. Junto a éste le estaba esperando Peppard, que, al verlo llegar, dejó caer el cigarrillo y lo aplastó con un pie.

—¿Qué, lo has averiguado?

—Sí. Roger Sommers es socio del Baytown Yatch Club.

CAPÍTULO VII

Roger Sommers sabía ya que no iba a ser precisamente de los mejores clasificados en la regata de snipes que se estaba celebrando en Galveston Bay.

Su estado de ánimo, por otra parte, era bien diferente del que sus compañeros de equipo de snipes podían suponer. Ciertamente, lamentaba la muerte de su hermana Dorothy, como había sentido mucho la de su padre, Frank Sommers, creador de la Sommers Nutry, Ltd. Pero Roger Sommers no podía concentrarse en la regata porque estaba pensando en su cuñado James Warden y en el estrepitoso fracaso que habían tenido, en sus intentos para matarlo, los dos hombres que había contratado para ello.

Sí. El era el último de los Sommers, y estaba realmente asustado, y convencido de que James Warden, su cuñado, era un ser maquiavélico que se había propuesto terminar con todos los Sommers y quedarse como único propietario de la Sommers Nutry, Ltd. Estaba tan asustado y tan preocupado por todas estas cosas, y sumido en tan caóticos pensamientos, que nadie podía, de ninguna manera, reprocharle que no prestase la debida atención a la regata.

En todo esto estaba pensando Roger Sommers cuando, por encima del silbar del viento y del chocar de las pequeñas olas contra el casco de su pequeño snipe, comenzó a oír el rumor de un helicóptero acercándose.

Muy poco más tarde, apenas un minuto, Roger Sommers comenzó a prestar verdadera atención al helicóptero al ver que éste, tras haber evolucionado por encima de su snipe, descendía, acercándose cada vez más, como dispuesto a seguirlo siempre conservando la mínima distancia.

Y por último, Roger Sommers prestó toda su sobresaltadísima

atención al helicóptero cuando el aparato estaba encima de él y a su izquierda, y solamente a siete u ocho metros. Fue entonces cuando vio las facciones del hombre que con una mano controlaba el aparato y con la otra le estaba apuntando con una escopeta de dos cañones que habían sido recortados.

Por un instante, Roger Sommers quedó estupefacto.

Luego, exclamó:

—No. ¡No, Jim, no, por favor...!

Desde el helicóptero, el hombre con las facciones de James Warden apretó primero un gatillo y luego el otro, de la potente escopeta de caza.

La primera descarga acertó ya de lleno a Roger Sommers, incrustándolo contra el casco de la pequeña embarcación. La segunda descarga volvió a acertarlo, y acertó también parte de la vela, llenándola de agujeros. Inmediatamente, el snipe perdió velocidad, y fue quedando a merced del suave oleaje.

Eran casi las dos de la tarde cuando la lancha de la U.

S. Coast

Guard llegó al embarcadero del Baytown Yatch Club.

En dicho embarcadero, esperando inmóviles y sin expresión alguna en sus rostros, estaban el teniente de Homicidios John Peppard y el detective privado Abel Drummond.

Detrás de ellos, mostrando un poco más de impaciencia, los dos agentes del grupo de Peppard que acompañaban a su jefe.

También estaba esperando ya un coche de la Morgue y el personal de su dotación.

Todo lo que restaba por hacer, ciertamente, era retirar del pequeño snipe el cadáver trágicamente ensangrentado de Roger Sommers.

Mientras el personal adecuado se dedicaba a esta labor, Abel Drummond y John Peppard, colocados en el borde del embarcadero, estuvieron observándolo todo, siempre en silencio.

Esto duró hasta que pudieron hablar con los demás participantes de la regata, que hasta entonces, y por supuesto una vez finalizada tan trágicamente ésta, habían estado la mayoría de ellos rodeando el snipe en el que yacía su asesinado compañero.

El interrogatorio no tuvo que ser muy extenso, pues, bien dirigido por el teniente Peppard, dio pronto su fruto. Entre unos y

otros testigos se llegó rápidamente a una conclusión. La mayoría de ellos, amigos de Roger Sommers, conocían, por supuesto, a su cuñado James Warden... Y cuatro o cinco aseguraron haberlo visto a bordo del helicóptero. Lo cual, contra lo que esperaban, no inmutó en absoluto al teniente Peppard.

Lo que sí interesó a éste, y mucho, fue que dos de los navegantes se pusieran de acuerdo respecto al helicóptero. Según esos dos testigos, éste era un modelo biplaza, de color azul y rojo, y su matrícula era exactamente la 5 L G 1215.

Fue un helicóptero en absoluto difícil de encontrar.

Aquella misma tarde, hacia las cinco y media, cuando tras haber conversado todo lo que se podía conversar sobre el caso, Abel Drummond se disponía a despedirse de su amigo John Peppard, y, aquella vez regresar pronto a su apartamento, llegó la noticia de que el helicóptero 5 L G 1215 había sido encontrado.

* * *

Eran casi las siete de la tarde cuando John Peppard y Abel Drummond, viajando en el coche de éste, llegaron al lugar donde había sido encontrado estrellado el helicóptero 5 L G 1215.

El hecho había ocurrido cerca de la localidad de Goodrich, encima de Conroe y muy cerca del Sam Houston National Forest.

Y así, alrededor de las siete de la tarde, Peppard y Drummond se hallaban cerca de los restos del helicóptero y contemplando, todavía tendido en el suelo, el cadáver del hombre hallado en su interior.

Alguien lo había envuelto con una manta, pero Abel Drummond había retirado la parte de ésta que cubría el torso del hombre, dejándolo al descubierto. Todavía resultaba suficientemente identificable para quienes lo hubiesen conocido aunque sólo fuese por fotografía. Por todo los rasgos evidentes, aquel hombre era el obrero despedido de la Sommers Nutry, Ltd, Randolph Hopkins. Y eso se podía ver muy bien debido a que el incendio del helicóptero, más que quemar sus facciones, había quemado la mascarilla de goma que las había cubierto.

Pero ni Peppard ni Drummond podían sorprenderse ya casi por nada, pues para entonces sabían perfectamente que el helicóptero 5 L G 1215 había sido alquilado en un helipuerto por un hombre

llamado Randolph Hopkins.

* * *

Esa noche Abel Drummond llegó tan tarde a su apartamento que la pequeña Jenny ni siquiera despertó cuando fue a darle el beso de cada noche.

Luego, el detective, verdaderamente cansado, fue a su propio dormitorio, y tras quitarse los zapatos y la chaqueta se dejó caer en el lecho.

Finalmente, se sentó en el borde de la cama, y descolgó el auricular del teléfono de su mesita de noche, marcando desganadamente un número.

—¿...?

—Buenas noches, señorita Mason. Soy el *playboy*.

—...

—¿Tarde? No son ni siquiera las once de la noche. Yo creo que es una hora perfecta para que se comuniquen dos enamorados... ¿O quizá la estoy interrumpiendo en su otra historia de amor?

—...

—¡No me lo diga! —exclamó jocosamente Abel—. ¡Lo que son las cosas! También Jenny se ha dormido. Por lo tanto, ya que nuestros respectivos amantes nos han dejado en paz, podemos gozar de nuestras pecaminosas relaciones secretas. ¿Le parece bien?

—...

—Magnífico. ¿Voy yo o viene usted?

—...

—Ah. ¿Ninguno de los dos? Bueno, en ese caso escuche atentamente y no se apresure en sus respuestas. Sobre todo, Sylvia, por favor, no diga sí o no, sin estar completamente segura. ¿Dispuesta?

—...

—Bien, ahí va la primera pregunta...

CAPÍTULO VIII

El sepelio de Roger Sommers fue, prácticamente, una repetición del de Dorothy Sommers. Acudieron las mismas personas, sólo que esta vez con un absoluto gesto de perplejidad. Por supuesto, comprender lo que estaba ocurriendo se hallaba fuera del alcance de la mayoría de los asistentes al sombrío acto.

James Warden, con un traje negro y corbata del mismo color, de pie junto a la fosa de su cuñado, último de los Sommers, daba la imagen perfecta del estupor y del abatimiento. A su lado, más animoso, como queriendo sostener la moral del reciente viudo, estaba Mark Rawlings, el subdirector de la Sommers Nutry, Ltd.

Abel Drummond, que por supuesto había acudido al cementerio, se acercó a James Warden acompañado de John Peppard, que todavía parecía disgustado por no haber podido evitar lo sucedido, pese a que habían transcurrido ya dos días.

—Todo esto ha sido muy lamentable, señor Warden —dijo Abel—. Espero que no repercuta en su salud. Por duro que sea escucharlo, la verdad es que la vida continúa.

—Sí, lo sé —murmuró James Warden—. Pero hay cosas que cuestan bastante de digerir, Drummond.

—Lo entiendo perfectamente —asintió el detective—. Si hay algo que pueda hacer por usted no dude en llamarme.

—Ya ha hecho bastante —admitió Warden—. No ha podido evitar nada, porque era inevitable; pero cuando menos, ha contribuido a esclarecer la verdad.

—La verdad es que no he hecho nada —refunfuñó Abel Drummond—. Pero no siempre se pueden obtener éxitos brillantes. En fin, lamento muchísimo lo sucedido y espero que se recupere pronto del dolor de las pérdidas sufridas, señor Warden.

—Esperemos que se recupere pronto —gruñó, de pronto, Mark Rawlings—. Al fin y al cabo, los Sommers no valían tanto como la gente cree.

—¿Qué quiere decir? —Lo miró sorprendido Abel.

—Quiero decir exactamente que los Sommers eran como mínimo, unos sinvergüenzas. ¿No lo sabía usted, Drummond?

—¿Yo? ¿Por qué había de saberlo? ¿A qué se refiere usted?

—Supongo que al no haberlos tratado personalmente no podrá juzgar adecuadamente mis palabras —dijo secamente Mark Rawlings—. Pero le aseguro que como personas no eran en absoluto agradables. Y en cuanto a los negocios, sepa usted que durante años han estado cometiendo fraudes en el envasado de los alimentos que salen de nuestras factorías. Para terminar de un modo bien definido, le diré que Frank Sommers y sus hijos Dorothy y Roger Sommers eran unos canallas que no vacilaban en adulterar los alimentos, incluso atentando contra la salud del público, con tal de ganar dinero. Incluso, poco antes de morir el viejo perro sarnoso, tuvimos en una pequeña localidad dos casos de muerte por intoxicación de alimentos.

—Francamente, señor Rawlings, me deja usted aturdido —dijo el teniente de Homicidios.

—No ha dicho nada más que la verdad —murmuró James Warden—. Pero ahora que todo eso está pasado, espero que no va a divulgar usted esta información, teniente.

—Bueno..., francamente, no sé qué decirle, señor Warden.

—Yo hablaré con Johnny —dijo Abel, tomando de un brazo a su amigo—. Y no se preocupen, que arreglaremos las cosas de modo que esto quedará en el olvido. Bien, hasta la vista, señor Warden, señor Rawlings.

—Espero su factura, Drummond —sonrió a medias Warden.

—La verdad es que va a remorderme un poco la conciencia enviársela, puesto que bien poca cosa he conseguido —intentó también sonreír Abel Drummond—. Le cargaré solamente los gastos indispensables. Hasta otra.

Abel y Peppard se alejaron de Warden y Rawlings, y el policía, mirando a su amigo preguntó, frunciendo el ceño:

—¿Por qué dices que has hecho poca cosa? A fin de cuentas, el caso se ha resuelto a partir del momento de tu intervención.

—¿Admites eso? —Le miró sonriente Abel.

—¡Hombre, claro!

—Entonces, ya me considero pagado. ¿Qué tal si nos vamos por ahí a almorzar juntos?

—Por mí no hay inconveniente..., pero ahí veo llegar a la señorita Mason, muy decidida.

Todavía algunos amigos se acercaron a murmurar sus condolencias y sus despedidas a James Warden. Poco después, los dos hombres estaban solos en el cementerio, y dispuestos también a abandonarlo.

Fue entonces cuando vieron al hombrecito.

Debía medir apenas metro sesenta; estaba a unos treinta o cuarenta metros de ellos, junto a una tumba muy llena de flores, y les contemplaba fijamente. Su aspecto era modesto, casi miserable, y en las manos tenía una vieja gorra que estrujaba continuamente. Los dos responsables actuales de la Sommers Nutry, Ltd., lo miraron un instante, y, en seguida, lo olvidaron.

Segundos después lo recordaron de nuevo cuando, caminando hacia la salida del cementerio, el hombrecillo se interpuso en su camino.

—¿Señor Rawlings? —inquirió.

—Yo soy —lo miró, con despectiva sorpresa, Mark Rawlings.

—Quisiera hablar unas palabras con usted, señor.

—No creo que usted y yo tengamos nada que hablar.

—Sería conveniente que lo hiciésemos, señor Rawlings.

—¿Sobre qué tiene usted que hablarme?

El hombrecillo, delgado, de cara flaca y grandes ojos castaños que parecían asustados, miró un instante a James Warden antes de expresar su resignación con un gesto.

—Quería hablarle de una carta que hace unos meses me entregó mi amigo Randolph Hopkins. ¿Sabe a quién me refiero, señor Rawlings?

—No.

—Yo creo que sí lo sabe —sonrió a medias el hombrecillo—. Randolph Hopkins era un empleado de la Sommers Nutry, Ltd., que fue despedido hace algunos meses, y que anteayer, después de asesinar al señor Roger Sommers, se estrelló con un helicóptero que había alquilado. ¿Lo recuerdan ahora, señor Rawlings?

—Quizás. ¿Qué significa eso de la carta?

—Pues... Bueno, mi amigo Ran me entregó un sobre cerrado y me dijo que se lo guardase y que no lo abriese nunca a menos que a él le ocurriese algo. Como anteayer se mató con el helicóptero, pues claro, yo abrí el sobre y saqué un par de páginas que Randolph había escrito para la policía... Tengo el convencimiento de que usted querría echar un vistazo a esas páginas, señor Rawlings, y que haría lo posible por evitar que fuesen a manos del teniente Peppard, por ejemplo.

—Déjeme ver esa carta —exigió Rawlings, muy pálido.

—No la tengo aquí. Yo creo que sería mejor que nos encontrásemos tranquilamente esta noche en un lugar discreto en el cual podremos hablar de negocios.

—¿Qué lugar es ése?

—Tengo un apartamento, si así puede llamarse en el 68 de Pecos Terrace. Si le parece, esta noche a las once, que es una hora discretísima, podemos encontrarnos allí. Voy a estar esperándole hasta las doce, señor Rawlings. Si a las doce no ha venido usted, creo que cursaré la carta hacia su destinatario, esto es, la policía. Ah, por favor, no deje de traer unos cuantos dólares, pues actualmente no se puede decir que esté nadando en oro.

—¿Cuánto quiere? —Gruñó Rawlings.

—Por el momento, vamos a partir de una base aliviadora de pequeños problemas, que calcularemos en cinco mil dólares. Después de la conversación de esta noche llegaremos a un acuerdo definitivo. ¿Le parece bien?

—Todavía no lo sé —deslizó fríamente Mark Rawlings—. ¿Ha hablado de esto con alguien?

—¡Claro que no! —Casi rió el hombrecillo—. ¿Cree usted que soy tan tonto como para repartir con alguien una tortilla tan succulenta como ésta?

—Está bien. ¿Ha dicho usted el 68 de Pecos Terrace?

—Sí.

—Allí estaré. ¿Cuál es su nombre?

—Mi nombre, por el momento, no le interesa en absoluto, señor Rawlings. Hasta las once de la noche... Adiós, señor Warden. Sepa que comparto su profundo dolor.

Tras una irónica sonrisilla, el desconocido y casi harapiento

sujeto dio media vuelta y se alejó hacia la salida del cementerio, dejando a James Warden y Mark Rawlings como clavados al suelo. Por fin, ambos muy pálidos, se miraron fijamente durante unos segundos. Y de pronto James Warden murmuró:

—Parece que está muy enterado de las cosas, Mark.

—No puede estar muy enterado porque yo no le di grandes explicaciones a Randolph Hopkins. De modo que no te preocupes excesivamente.

—Cuando ha dicho que compartía mi dolor se ha mostrado muy irónico. Tiene que saberlo todo.

—¿Cómo ha de saberlo todo si ni el mismo Randolph Hopkins lo sabía? —refunfuñó Rawlings—. Todo ha estado demasiado bien planeado desde el principio para que ahora un sujeto insignificante cualquiera pueda estropearlo. Yo arreglaré las cosas esta noche con ese sujeto.

—¿Estás seguro de que Randolph Hopkins no sabía más de lo que nos convenía?

Mark Rawlings frunció el ceño y pareció dispuesto a contestar hoscamente. Pero acabó moviendo la cabeza con un gesto ambiguo.

—No lo sé, francamente. El inconveniente de tener cómplices es que uno nunca sabe hasta dónde pueden llegar éstos en el conocimiento del asunto a tratar. Escogimos a Randolph Hopkins por toda una serie de circunstancias personales que lo hacían el hombre idóneo para este asunto. No tenía familia, era un hombre rudo, cojeaba un poco de modo que luego podría servir para las dudas sobre las personas que vieran a James Warden haciendo determinadas cosas... Por otra parte, no parecía muy listo y en todo momento ha seguido muy bien la jugada, muy sumiso y aceptándolo todo. Incluso cuando le propuse que se las arreglase para que Frank Sommers se viese obligado a despedirlo lo aceptó todo. Luego, durante este tiempo, hemos estado en contacto y él ha ido haciendo siempre estrictamente todo lo que yo le decía. Es decir, ha estado utilizando las mascarillas de goma y las pelucas y en fin, siguiendo siempre, siempre, siempre, mis instrucciones.

—Pero Hopkins tenía que saber que yo había matado a mi suegro con la escopeta.

—Posiblemente lo sabía —sonrió, cínicamente Mark Rawlings—. Pero no debió sospechar en absoluto cuando después yo lo llevé a tu

cabaña y le hice tocar la escopeta en cuestión. También debía comprender que el hombre que estuvo en el jardín de los Ordway y que estranguló a tu mujer eras tú mismo provisto de una careta e imitando su cojera. Y esto tenía que saberlo por la sencilla razón de que mientras tú estrangulabas a tu esposa, él estaba conmigo. Tu coartada que parecía tan poco sólida, tuvo que ser creída luego cuando los testigos, bien manejados por el habilísimo Wayne Hurst y el no menos hábil Abel Drummond, comenzaron a pensar en las cosas extrañas que habían visto en el James Warden del jardín de los Ordway. Así que sólo faltó que nosotros recordásemos a Randolph Hopkins y le indicásemos su dirección a Abel Drummond para que éste acabase de hacer rodar las cosas a nuestra conveniencia. Una vez encontrado en el apartamento de Randolph Hopkins todo lo que yo puse allí hasta el más tonto de los detectives habría comprendido la verdad. Y Abel Drummond no es tonto.

—Pues lo parece —murmuró James Warden.

—¡Oh, vamos, Jim, no seas injusto con el pobre muchacho! —rió Rawlings—. Ten en cuenta que todo ha sido demasiado bien elaborado para que pueda caber la más pequeña sospecha acerca de la verdad. Por si quedaba alguna duda, anteayer, en el helicóptero, mientras tú permanecías en mi apartamento custodiado por la policía para que te protegiese, James Warden volvió a ser visto. Esta vez en el helicóptero, con el cual se estrelló después de haber disparado contra Roger Sommers.

—Tú también corriste tu buena parte de riesgo.

—Quien algo quiere, algo le cuesta —admitió Mark Rawlings—. Te he estado ayudando a elaborar el plan y a resolver pequeños problemas y finalmente tenía que aceptar mi parte de ponerme la mascarilla de tu rostro e ir con el helicóptero a matar a tu cuñado. De este modo, cuando los compañeros de Roger que estaban también navegando en Galveston Bay hubiesen dicho que habían visto a James Warden en el helicóptero, las cosas todavía quedarían más claras para Abel Drummond y la policía. Claro está, ni uno ni otro pueden saber que yo indiqué a Randolph Hopkins que alquilase el helicóptero y que cuando nos reunimos en determinado lugar le di un golpe en la cabeza, lo llevé en el helicóptero hacia la bahía después de ponerme la mascarilla con tu rostro y que una vez hube matado a tu cuñado regresé tierra adentro, puse la mascarilla a

Randolph Hopkins, dejé a un lado la escopeta y después de elevar todo cuanto pude el helicóptero, me lancé en paracaídas cerca del lugar donde había dejado el coche para con él regresar a toda velocidad a la Sommers.

—Sí —murmuró Warden—. Parece estar todo tan bien realizado, que no es probable que Randolph Hopkins llegase a comprenderlo antes de que todo fuese llevado a cabo. Por lo tanto, ese hombrecillo no puede saber tanto como tememos.

—No te preocupes por ese sujeto. Seguramente sabe algunas pequeñas cosillas y todo lo demás lo está poniendo su imaginación o sus sospechas. Pero con las sospechas no se consigue nada. Iremos esta noche a ver qué es lo que le escribió Randolph Hopkins... De todos modos, me parece que ese hombrecillo se ha complicado la vida.

—¿Qué quieres decir?

—Hombre, Jim, está bien claro. Comprenderás que no hemos llegado hasta aquí planeando a la perfección y cometiendo cuatro asesinatos, es decir, dos cada uno, para que ahora venga un sujeto insignificante a fastidiarnos la partida. Tal como ha ido todo nos hemos convertido en los vencedores de la carrera por la Sommers Nutry, Ltd.

—Querrás decir en ganador y colocado, Mark.

—¿Qué más da? —sonrió Rawlings—. De acuerdo, tú eres el ganador y yo el colocado. Se entiende que en segundo lugar. A partir de ahora tú eres propietario y accionista absoluto de la empresa y yo voy a ocupar el puesto que tú tenías hasta ahora, es decir, en director-gerente con los máximos poderes. Somos ganador y colocado, y sabes que nos entenderemos bien... ¿Crees que podemos o debemos arriesgarnos a perder lo que nos ha costado tanto pensar y matar a cuatro personas por un hombrecillo como ése?

—No. Claro que no, ¡maldita sea!

—Entonces, no te preocupes por él. Todo lo que tenemos que hacer es esperar a las once de la noche.

—Es decir, que realmente piensas ir.

—Iremos, querido Jim, iremos. Iremos los dos, puesto que hasta ahora nos hemos repartido los cadáveres. Dos tú y dos yo. Y además, como tú bien has dicho, somos ganador y colocado... Creo

que debemos salvar juntos el último escollo.

* * *

Antes de detener el coche a cierta distancia del 68 de Pecos Terrace, James Warden y Mark Rawlings dieron un par de vueltas por delante del edificio.

Cuando por fin detuvieron el coche y Mark Rawlings hubo parado el motor, permanecieron unos segundos en silencio. Luego Mark Rawlings murmuró:

—Es un lugar asqueroso. No me gusta.

—Seguramente, ese sujeto las está pasando realmente difíciles. No esperarías que estuviese viviendo en un palacio.

Mark Rawlings encogió los hombros, y miró su reloj. Eran las once y seis minutos de la noche.

—Será mejor que vayamos a verlo, no sea que se impaciente y cometa alguna tontería.

Salieron los dos del coche, Rawlings lo cerró y se dirigieron lentamente hacia la fea casucha de dos pisos cercana a Richmond Road, ya en las afueras de Houston.

En la planta baja parecía que había un taller de reparación de automóviles, por supuesto cerrado y vacío de personal en aquel momento. En el piso de arriba se veía luz en una de las ventanas y tras cambiar una mirada y asentir con la cabeza, Rawlings y Warden entraron en el portal. Un portal estrecho y sin luz alguna. Sólo arriba, en el rellano donde se veía una puerta, había una pequeña bombilla que proporcionaba una luz amarillenta.

Los dos hombres subieron y segundos después llamaron a aquella puerta. Ésta fue abierta inmediatamente y James Warden y Mark Rawlings entraron. La puerta fue cerrada mientras ellos se volvían.

Y entonces palidecieron intensamente y quedaron inmóviles.

—Como diría un amigo mío muy expresivo —sonrió ante ellos Abel Drummond—: acaban de ser ustedes objeto del más absoluto pasmo cerebral. Por favor, recupérense rápidamente y siéntense donde gusten.

—¡Drummond! —consiguió jadear por fin James Warren.

—El mismo que viste y calza, como también dice mi amigo, señor Warden —continuaba sonriendo el detective privado.

—¿Dónde está el menudo hombrecillo que nos abordó en el cementerio? —preguntó Rawlings.

—¿El viejo Danny? Pues supongo que debe estar durmiendo tranquilamente después de haberme prestado un servicio más. Es un sujeto verdaderamente interesante mi amigo Danny Robson. Nadie daría un centavo por él y sin embargo, tiene una inteligencia absolutamente fuera de lo común.

—¿Qué es lo que pretende usted, Drummond? —inquirió Warden.

—Lo de la carta de Hopkins era una mentira, claro —farfulló Mark Rawlings—. Usted no sabe nada de nada.

—Vamos, señor Rawlings, vamos —sonrió, pero ahora fríamente el detective privado—. ¿Por quién me toma? Mire, yo no pretendo ser más listo que nadie, pero cuando encontré las mascarillas de goma y las pelucas en el apartamento de Randolph Hopkins comencé a pensar. ¿A usted le parece razonable que un sujeto que tiene la inteligencia y la habilidad y yo diría que hasta la fantasía de recurrir a esas mascarillas y a todo este tinglado que ha significado la muerte de los tres Sommers..., le parece, digo, que un hombre capaz de organizar todo esto, puede ser tan bobo, tan estúpido, como para dejar claramente impresas sus huellas en una de las armas con la que ha cometido un crimen?

—¿Usted pensó eso? —murmuró Rawlings.

—Yo pensé eso y otras muchas cosas, señor Rawlings. Por ejemplo, lo oportuno y conveniente que había sido que usted y el señor Warden recordasen lo sucedido meses atrás con un obrero llamado Randolph Hopkins, que fue despedido, etcétera, etcétera, etcétera. Y ya puestos a pensar, pues, durante todo el día de ayer lo hice a mi manera, esto es, con toda intensidad, tomando notas y haciendo pequeños gráficos y moviendo los personajes representados por unos muñequitos de papel que suelo hacer... Mientras tanto, alguien estaba investigando en la Sommers Nutry, Ltd., si realmente cuando yo le llamé a usted para preguntarle de cuál club náutico era socio Roger Sommers, usted estaba realmente en los almacenes de la empresa, o en algún otro de los de fuera del edificio principal. Resultó de esa investigación que nadie había visto por allí al señor Rawlings. Y pensando, pensando, yo me dije que nadie había visto al señor Rawlings por la sencilla razón de que éste

no había estado allí. Estaba muy ocupado con el asunto del helicóptero y matando a Roger Sommers y después a Randolph Hopkins estrellándolo con el helicóptero.

—Parece que no necesita usted grandes explicaciones respecto a todo este asunto, Drummond —murmuró James Warden.

—No necesito absolutamente ninguna —dijo tajantemente el detective.

—Está bien... ¿Qué significa esto? ¿Por qué nos ha hecho venir aquí? ¿Qué es lo que pretende usted ahora?

—Pero, hombre, ¿qué es lo que voy a pretender ahora que ustedes mismos han admitido y prácticamente confesado que todas mis suposiciones y teorías eran absolutamente exactas? Pues, sencillamente, voy a agarrarlos a los dos por las orejas y los voy a entregar al teniente Peppard, a mi viejo amigo Johnny.

—Usted no hará eso —deslizó rabiosamente Mark Rawlings.

—¿No? ¿Por qué no, señor Rawlings?

—Porque yo le voy a matar —exclamó Rawlings llevando la mano derecha bajo la chaqueta.

Abel Drummond esperaba algo parecido, y por supuesto estaba prevenido para adelantarse a cualquier acción por parte de James Warden o Mark Rawlings.

Y se habría adelantado a la acción de este último, sacando su pistola, si James Warden no se hubiese abalanzado contra él, gritando furiosamente. El resultado fue bueno y fue malo para Abel Drummond.

Fue malo porque, al agarrarse James Warden con toda su fuerza a sus brazos, le impidió sacar la pistola con la rapidez necesaria. Y fue bueno porque el mismo Warden, al agarrarse a él, se interpuso en el camino de la bala que disparaba en aquel momento Mark Rawlings.

La bala dio en la espalda de James Warden, que lanzó un alarido, aflojó la presión de sus brazos en torno al cuerpo de Abel Drummond y cayó a los pies de éste.

Confundiéndose con el alarido de dolor y de agonía de James Warden, sonó el siguiente disparo efectuado por Mark Rawlings. Y esta vez el que lanzó un grito fue Abel Drummond, que recién sacada la pistola, salió despedida hacia el techo cuando el detective privado recibió el balazo en el hombro. Pero en lugar de condolerse

y quedar a merced de Mark Rawlings, lo que hizo Abel fue tirarse hacia un lado de modo que en su caída arrastró la lámpara de pie.

El pequeño y sórdido apartamento quedó a oscuras. Durante unos segundos no se oyó nada y seguramente ninguno de los hombres allí reunidos podía ver nada. Pero pronto comenzó a destacar la ventana con un leve resplandor. Y en el momento en que Abel Drummond se decidía a comenzar a buscar su pistola por el suelo, se oía a su derecha el gemido de James Warden.

Junto a la puerta del apartamento brillaron dos fogonazos, y el gemido de Warden cesó bruscamente... Y esta vez, para siempre, comprendió Abel Drummond. Acto seguido, antes de que hubiese encontrado su pistola o hubiese podido reaccionar de cualquier otro modo, la puerta se abrió rápidamente y Abel vio a la silueta de Mark Rawlings cruzar el umbral. La puerta fue cerrada de nuevo.

Pero sólo por unos segundos hasta que Abel, reaccionando, gritó con toda su potencia:

—¡Johnny, Rawlings se escapa! ¡Ha matado a Warden y acaba de abandonar el apartamento!

Fuera del apartamento, Mark Rawlings, que efectivamente corría escaleras abajo, se detuvo tan en seco que estuvo a punto de rodar por ellas. Lanzó una maldición al comprender la trampa en la que le había metido el detective privado y dando media vuelta regresó a toda velocidad escaleras arriba. Estuvo tentado de entrar de nuevo en el apartamento, pero comprendió que era inútil y absurdo. Inútil, porque quedaría allí definitivamente acorralado. Y absurdo, porque sabía que Abel Drummond estaba armado y que su herida no le iba a impedir hacerle frente.

Así pues, giró a la izquierda y se dispuso a recorrer el corto pasillo en cuyo final había una puerta. Al girar, su frente dio con un saliente de madera y lanzó un gruñido de dolor.

Desde el exterior, en aquel momento, y ampliada por la potencia de un megáfono, le llegó la voz del teniente Peppard:

—¡Rawlings, entréguese! ¡No va a poder salir del edificio!

Rawlings estaba palpando el objeto contra el que había chocado su cabeza. Pronto comprendió que era un armario con los mandos eléctricos del edificio.

Lo abrió, tanteó hasta encontrar el interruptor y lo cambió de posición. Convencido ahora de que en el edificio no podría

encenderse ninguna luz. Mark Rawlings corrió hacia la puerta de la izquierda, la abrió y percibió en el acto la claridad exterior de las estrellas.

Subió unos cuantos peldaños, y apareció en la azotea. Se asomó por un lado y efectivamente, abajo vio dos coches de la policía y algunos hombres. Los dos coches estaban enfocando las luces de sus faros hacia la fachada del edificio.

Mascullando horrendas maldiciones, Mark Rawlings dio una vuelta a la azotea. Es decir, solamente media vuelta y un poco más, porque enseguida, por el otro lado, vio la instalación de los cables eléctricos que comunicaban aquella casa con un poste distribuidor distante, según calculó, unos catorce o quince metros. Mark Rawlings vaciló unos segundos, pero optó por lo que le parecía la única salida, la única escapatoria posible a su situación. Se puso de pie en el borde de la azotea y probó con las manos la potencia y la tensión de los cuatro alambres eléctricos que llegaban desde el poste distribuidor. Luego, poniendo un pie en cada uno de los alambres inferiores y sujetándose con las manos a los dos alambres de la parte superior, comenzó a caminar cautelosa y lentamente hacia el poste repetidor. Un vez allí, podía descender y burlar a la policía, que creía tenerlo acorralado en el edificio 68 de Pecos Terrace.

* * *

John Peppard entró sin más consideraciones ni temores en el edificio 68 de Pecos Terrace, empuñando la pistola con la mano derecha y una potente linterna en la izquierda. Estaba dispuesto a cualquier cosa con tal de que a Abel Drummond no le ocurriese nada.

Dirigió la luz hacia arriba, vio la puerta y llamó:

—¡Abel!

—¡Estoy en el apartamento! —Le llegó la voz del detective privado—. ¡Ten cuidado al subir, Johnny!

Con precauciones, pero rápidamente, el teniente de Homicidios subió el tramo de escaleras hasta llegar a la puerta del apartamento. La abrió y dirigió la luz a su interior.

Enseguida vio a Abel Drummond, sentado en el suelo con la pistola en la diestra y con la chaqueta manchada de sangre.

—¿Es grave? —exclamó ansiosamente Peppard.

—No. Sólo me ha acertado en el hombro.

—¿Qué pasa? —Gruñó Peppard—. ¿No hay luz aquí?

—Hay una lámpara que he derribado antes. La debo haber desconectado.

Peppard encontró la lámpara enseguida, la colocó bien y volvió a enchufarla. Pero la luz no se encendió.

Peppard comenzó a refunfuñar, pero Abel lo atajó:

—¡Qué más da! No necesitamos la luz para nada.

—¿Cómo que no necesitamos la luz para nada? ¿Acaso no hay que examinar tu herida y la de James Warden?

—Warden está muerto —aseguró Abel—. En cuanto a mí, puedo esperar el tiempo que necesitas para cazar a Rawlings. Tiene que estar en la azotea.

—Bueno, pues de allí seguro que no se escapa —refunfuñó Peppard—. De modo que voy a ver si consigo una luz más adecuada que la de esta linterna.

Salió del apartamento, giró y se dio también con la frente contra el armario de la instalación eléctrica. Lo iluminó con la linterna, lo abrió, accionó el interruptor..., y de alguna parte llegó un horrendo grito y se produjo una vivida luz azulada que desapareció inmediatamente.

Dentro del apartamento, también Abel Drummond oyó aquel estremecedor alarido y comenzó a llamar a su amigo John. Pero su amigo Johnny no hizo más que gritarle que permaneciese donde estaba y acto seguido Abel oía sus veloces pisadas descendiendo hacia la calle.

Cinco minutos después, John Peppard entraba de nuevo en el apartamento, enfocaba la luz hacia Abel y decía:

—No sé qué demonios pasó al tocar yo el interruptor de ahí fuera. No es normal lo que ha ocurrido.

—¿A qué te refieres?

—Pues que si yo acciono un interruptor dentro de la casa, sea cual sea el acontecimiento eléctrico que ocurra, tiene que ser dentro de la casa. ¿No te parece esto lógico?

—Sí..., claro.

—Pues no fue así. Al tocar yo el interruptor, fuera lo que fuese ocurrió de casa a afuera. ¿Tú sabes cómo queda una hamburguesa

puesta a la plancha y que se queda allí el rato que tú y yo podemos dedicar a una guapa chica?

—¡Hombre! —sonrió Abel Drummond—. Me lo puedo imaginar perfectamente, desde luego.

—Bueno. Pues así ha quedado Mark Rawlings. ¿Qué? ¿Cómo va esa herida?

ESTE ES EL FINAL

—Papá, ¿te duele la herida? —preguntó Jenny.

—No, querida. Los médicos de esta clínica son muy buenos y me han hecho una cura estupenda. De modo que no debes preocuparte por mí. Dentro de tres o cuatro días, abandonaré la clínica. Y entonces podremos estar juntos en casa otros diez o quince días, hasta que pueda mover el brazo completamente.

—¡Oh, qué bien! —exclamó Jenny—. ¡Estaremos juntos muchos días!

—¡Caramba! —refunfuñó Abel—. Cualquiera diría que te alegras de que me hayan herido, mi amor.

—Claro que no se alegra —refunfuñó John Peppard, sentado en el borde de la cama—. Pero Jenny tiene razón. Debes cuidarte más de ella, Abel.

Abel Drummond abrió la boca para contestar, pero en ese momento se abrió la puerta de su habitación en la clínica y apareció Sylvia Mason, que tras cerrar, se acercó y se quedó mirando con los ojos muy abiertos al detective.

—¿Estás bien, Abel? —murmuró.

—Hombre, llegas oportunamente —exclamó el detective privado—. Precisamente estábamos hablando del problema que significa para mí no poder atender debidamente a Jenny. ¿Conoces a Jenny?

—¡Hola! —sonrió Jenny.

—¡Hola, Jenny! —le sonrió Sylvia Mason, tirándole un besito.

—¿Esto es todo? —Gruñó Abel Drummond—. ¿No te sorprende que Jenny sea una niña?

—No. Porque en cuanto me interesé por ti me interesé también

por tus circunstancias... Y no tardé nada en enterarme de que eras viudo desde hacía tres años, y que tenías una hijita a la que cuidaba una persona de confianza, una mujer llamada Sally.

—¡Atiza! —exclamó socarronamente Peppard—. ¡Tiene madera de detective privado!

—Aquí el detective privado soy yo —masculó Abel Drummond—. En cuando a ti, Sylvia Mason, precisamente estábamos hablando del problema de Jenny, y he pensado que sería un buen negocio para mí que nos casásemos y cuidases debidamente de ella durante mis ausencias. Que serían cada vez menos largas, claro.

—Bueno —dijo tranquilamente Sylvia Mason—, acepto.

—¡Santo cielo! —Se llevó las manos a la cabeza Peppard—. ¡Han cazado al *playboy*!

—Papá —miró Jenny con los ojos muy abiertos a Abel—. ¿Te vas a casar con esta señora?

—Ésa es mi idea, querida. ¿Estás de acuerdo con ella?

—¡Oh, sí! Es muy guapa y además tiene cara de inteligente, como tú.

—Gracias, Jenny —rió Sylvia—. ¡Ya verás lo bien que lo vamos a pasar los cuatro!

—¿Cómo los cuatro? —Quedó perplejo Peppard—. ¿A qué cuatro se refiere usted, señorita Mason?

—Sylvia se está refiriendo a un hombrecillo llamado Bob Merkel al que ama locamente y con el cual lleva viviendo creo que unos cinco años... ¿No es así, Sylvia?

—Así es, querido —sonrió la muchacha.

Peppard parpadeó, y luego comenzó a tartamudear:

—Pe-pe-pero, Abel... ¿Qué es lo que has dicho?

—Pues acabo de decir que mi futura esposa lleva cinco años viviendo con un hombrecillo llamado Bob Merkel... ¿Te gustaría conocerlo?

—Ho-hombre, la verdad... No sé qué decirte. Francamente, yo... Abel Drummond miró a Sylvia y le guiñó un ojo.

—Supongo que tu querido Bob ha venido contigo y está esperando.

—Así es, mi vida —le tiró Sylvia Mason un beso al herido detective.

—Bueno, yo creo que ya es hora de que ese hombrecillo y yo nos

conozcamos. Ve a buscarlo.

—Sí, mi amor —le tiró otro beso Sylvia Mason.

Dicho esto, la rubia y bella Sylvia salió del cuarto, dejando verdaderamente estupefacto al helado teniente policial... Hasta que, a los pocos segundos, la puerta volvió a abrirse y reapareció Sylvia Mason... acompañada de un niño de cinco o seis años, que se acercó a la cama donde difícilmente contenía su risa Abel Drummond y preguntó:

—¿Es verdad que vas a casarte con mamá?

—En cuanto salga de esta cama, Bob —sonrió Abel.

—Bueno, pues date prisa porque ella dice que te quiere mucho y que está impaciente. ¿Ésta es Jenny?

—Así es, Bobby. ¿Te gusta?

—Mucho —sonrió el niño, enseñando el agujero de la falta de un diente; de pronto, señaló a John Peppard—. ¿Y quién es este señor?

—Pues este señor —consiguió decir Abel Drummond sin reír—, se llama John Peppard, y es teniente de la policía. De esos que descubren crímenes, ¿sabes? Ahora pone cara de tonto porque todavía no ha comprendido que tu mamá está divorciada desde hace cuatro años y medio de Robert Merkel, que no se portó demasiado bien que digamos, y del cual nadie sabe dónde para ahora. Pero ya verás como en cuanto se recupere, te parecerá incluso inteligente.

—Sí que es inteligente —exclamó Jenny—. ¡Tío Johnny es casi tan inteligente como tú, papá! ¡Y también es muy guapo!

—¡Mi madre! —Pudo reaccionar por fin John Peppard—. A esto le llamo yo arreglar verdaderamente la vida de cuatro personas. ¡Eres todo un fenómeno!

—Lo que soy, es un tonto —farfulló el detective privado—. De no tener prácticamente ningún compromiso, voy a encontrarme de la noche a la mañana, con una familia de cuatro miembros.

Sylvia Mason se acercó más a la cama, se inclinó y besó en los labios, largamente, a Abel Drummond, contemplada por los sonrientes Jenny, Bob y el teniente Peppard...

Cuando el beso terminó, Abel Drummond estuvo tres o cuatro segundos todavía como en el limbo.

Por fin, regresó a la Tierra, miró a su viejo compinche y le guiñó

un ojo.

—Claro que, en esta vida, todo tiene sus compensaciones...

FIN



Lou Carrigan es el seudónimo de Antonio Miguel de los Ángeles Custodios Vera Ramírez.

Nacido en Barcelona en 1934, finalizó en 1953 sus estudios de Peritaje Mercantil, ingresando acto seguido en la banca. En 1958 comenzó a escribir novelas de aventuras, sacrificando el tiempo y los días libres que le dejaba su empleo. El primer western, titulado *Un hombre busca a otro hombre*, apareció en marzo de 1959; a final de 1959 había escrito 6 novelas del Oeste.

Tras el éxito de sus primeras ediciones, en 1962 abandonó su trabajo en el Banesto para dedicarse en cuerpo y alma a la redacción de novelas de género: aventuras, western, artes marciales, terror... pronto se convirtió en uno de los adalides de aquella generación de autores de «bolsilibros» que teñían sus raíces con barniz anglosajón, aplicado al nombre principalmente: Silver Kane (Francisco González Ledesma), Curtis Garland (Juan Gallardo Muñoz), Joseph Berna (José Luis Bernabeu López)...

Especialmente, la vertiente policíaca y de espionaje han sido las que han conferido a Lou Carrigan mayor reputación entre sus miles de fans, permitiéndole trabajar para editoriales punteras en aquellos días como Rollán, Bruguera, Petronio, Producciones Editoriales,

etcétera.

También ha producido medio millar de títulos protagonizados por un mismo personaje, la letal espía Baby, éxito de masas en la América hispana y sobre todo en tierras brasileñas.

En 2004 el propio autor cifraba en más de 1.100 los libros realizados, algunos reeditados hasta cinco veces, y con numerosas ediciones pirata.

Ha utilizado otros seudónimos como Angelo Antonioni, Crowley Farber, Mortimer Cody, Lou Flanagan, Anthony Hamilton, Sol Harrison, Anthony Michaels, Anthony W. Rawer, Angela Windsor y Giselle...